

PREFACIO

I

Esta obra representa una selección de textos históricos, de testimonios directos de la historia mexicana, destinados a complementar su enseñanza y aprendizaje. No se trata de un manual escolar más, sino de un auxiliar de los manuales existentes que servirá lo mismo al estudiante que al maestro que desee tener a mano los trozos vivos, auténticos, frescos, relativos a las personas y acontecimientos que necesiten explicar. A través de estas lecturas ofrecemos un panorama amplio del desarrollo histórico de México, trazado por los mismos actores de su historia y por los cultores de ella más sobresalientes. De esta suerte las razones íntimas de los acontecimientos, la explicación de los fenómenos más importantes, el planteamiento de los problemas más radicales, y también su solución, nos son revelados por los hombres que en ellos intervinieron. ¿Qué mejor manera de acercarse a la verdad, o por lo menos a su esclarecimiento, que el poder oír a los propios testigos y actores, escuchar su voz, sentir la vibración de sus impulsos, la violencia acelerada de sus pasiones, el brotar sereno de sus virtudes?

Voz viva y auténtica resulta el texto directo, el testimonio que creemos o del que desconfiamos cuando nos percatamos de las circunstancias en que se dio; viva y auténtica es la impresión directa que el guerrero nos da de sus heroicas hazañas y de sus tristes derrotas; el indio de su misterioso y complejo cosmos, de su grandeza cultural y espiritual y de la destrucción de cuanto le rodeaba; el misionero, de la protección de los desvalidos, de su lucha contra los apetitos de los implacables y contra el demonio que movía a indios y europeos, de sus esfuerzos para imponer la paz y la cultura; el criollo, de la madurez de su pensamiento, de la defensa de sus intereses espirituales y materiales y de la justicia de su batallar; el reformista, de la urgencia de un cambio que posibilítase para todos una vida más digna, más noble, sin desigualdades y sin censuras de ninguna especie; el conservador que añoraba el pasado por miedo al futuro. Por fresco, por vitalmente sano y reconfortante, por servir de catarsis de la conciencia cuando es contradictoria y obliga a pensar, el testimonio directo es un instrumento imprescindible en el aprendizaje histórico.

Los manuales, por perfectos que sean, presentan los acontecimientos deformados, modificados por la circunstancia misma en que se desenvuelve su autor, por las presiones materiales y espirituales a que sin quererlo o queriéndolo está sometido; a un complejo ideológico y sentimental ajeno en las más de las ocasiones a la época y a los hombres de que se ocupa, en tanto que los contemporáneos de los hechos nos ofrecen, sin duda, aunque sean más apasionadas, impresiones más vivas, más de creer, menos deformadas a través de tanto filtro, y por tanto más útiles para la reconstitución histórica posterior.

El valor de las lecturas históricas ha sido aquilataado en muchas ocasiones y en los más variados lugares, y difícilmente se puede encontrar un país adelantado en el cual la enseñanza de la historia no las tenga como apoyo.

En nuestra lengua hay valiosos antecedentes que nos han servido de inspiración y ejemplo. ¡Cuánto debemos en nuestra afición histórica al hecho de haber contado en nuestros primeros años con los preciosos manuales de la Junta para Ampliación de Estudios y del Instituto Escuela, de España, dirigidos por Menéndez Pidal dentro de la serie Biblioteca Literaria del Estudiante, que nos ponían en contacto con las voces auténticas de la historia, con sus latidos más íntimos! Y después de Menéndez Pidal, en un esfuerzo más organizado y concreto, más didáctico, nos llegaron las *Lecturas Históricas Españolas*, preparadas por Claudio Sánchez Albornoz y Carmelo Viñas Mey, obra devenida clásica y fundamental, por el riguroso criterio con que fue elaborada, su alto sentido, y la gran idoneidad y experiencia de sus autores. En este libro nos hemos inspirado y aun el nombre de esta obra a él lo debemos.

No podíamos contar con mejor ejemplo, ni tampoco tener la gran responsabilidad que implica ampliar un trabajo a otros ámbitos con una precedencia tan ilustre.

Sánchez Albornoz y Viñas Mey —guardo de este último un grato recuerdo por la acogida que me diera en el Centro de Estudios Hispánicos de la Universidad de París—, al presentar al público su obra, subrayaron el valor e importancia de las lecturas históricas en un trozo que no tiene desperdicio y que no me resisto a repetir, para avalar el interés de un esfuerzo semejante. “De modo unánime se reconoce hoy que las lecturas históricas son la forma más eficaz para enseñar la historia a la juventud. De todas suertes, son el complemento

forzoso de los manuales. En éstos se presentan los acontecimientos históricos obedeciendo a un sistema concatenado, aspirando a dar una visión de conjunto del pasado, y en su deseo de lograrlo dan entrada al mayor número posible de sucesos, exponen las más variadas actividades de la sociedad y los pormenores biográficos de las grandes individualidades. El resultado evidente es que entre tan espesa red de datos y de síntesis se escapa lo más atrayente y animado de la historia, y con ello lo más característico y sugerente de la misma. Con su empleo exclusivo el escolar asiste sin interés, e incluso con tedio, al desfile cansado y monótono de un cortejo de sombras. Rara vez consigue alguna de éstas prenderse en los repliegues del recuerdo, y al cabo de meses, o de años, el estudiante llegado a madurez mira con desdén, si no huye con rencor, de la novela más rica en emociones, más sugestiva en enseñanzas, más variada y más compleja que pueda imaginarse: la que los hombres todos o cada pueblo en su propio solar han ido escribiendo a través de siglos y milenios."

"Al manual es indispensable ir acompañado de las lecturas históricas, en las que, a la inversa, se aprisionan trozos de la vida pretérita, rotos e inconexos, pero llenos de movimiento y de acción. Con ellos se logra destacar los personajes y sucesos más representativos, se consigue sacarles de las listas copiosas y opacas en que están instalados en la cronología de los siglos, darles relieve, mostrarlos a la mejor luz, hacerlos pasar ante nosotros, si no como seres vivos, con sus originalidades, grandezas y defectos. El escolar simpatizará o no con ellos, pero no los dejará desfilar indiferente. Transcurridos lustros o decenios, un día volverá sin duda a enfrentarse con los temas históricos y, siguiendo las mil sendas que las lecturas dejaron abiertas ante él, se adentrará en busca del no olvidado personaje, rey o príncipe, caudillo o religioso, dama o ministro, maja o soldado, que vive fijo en su memoria."

La parte última de esta explicación —toda en sí plena de claridad magistral, de insobrado razonar— plantea el uso extraescolar de las lecturas históricas. No tal vez, sino ciertamente, entre los géneros literarios uno de los preferidos es el histórico. A la belleza de la obra en sí está ligado un interés vital presente por indagar los hechos pasados, únicos o múltiples, y poder recrearlos a través de los pensamientos que impregnan de sentido a esos testimonios. En esos testimonios se

evidencia por otra parte “la forma espiritual en que una cultura rinde cuenta de su pasado”; y el conocimiento de una cultura a la que insalvablemente pertenecemos, es una urgencia que todos los hombres tienen en todo momento, principalmente cuando se experimenta un hastío por el presente y se indaga a un futuro, cuyas realizaciones están constreñidas —no determinadas implacablemente— por la historia.

En México un esfuerzo semejante al realizado en España por Menéndez Pidal está representado por la preciosa Biblioteca del Estudiante Universitario, dentro de la cual han aparecido casi cien volúmenes que registran la varia producción nacional.

Los lectores de obras históricas en todas las latitudes son numerosos y constituyen por otra parte un público inteligente y ávido al que hay que cuidar. El nacional que quiera penetrar con mayor hondura en los personajes o en sus hechos más directamente, sin intermediarios, pues no está satisfecho con las explicaciones escolares ya añosas; que desea enterarse con mayor claridad de determinados períodos históricos y de la acción de sus dirigentes, de recrear momentos críticos o agradables de su propio pasado, tendrá en las lecturas un instrumento idóneo. Entre ellas puede seleccionar las que más se ajusten a su sensibilidad e inclinaciones, las que cubran mejor sus intereses. El extranjero podrá tener a la mano una explicación totalizadora de la historia mexicana y condensadas una serie de obras de difícil acceso. Ambos encontrarán por otra parte las voces insustituibles de los grandes personajes y los opuestos pareceres de quienes han forjado la historia y de los que se han ocupado de escribirla, pues la historia, como señala Carlyle, es un infinito libro sagrado que todos los hombres escriben y tratan de entender.

En estas lecturas hemos tratado de dar cabida a todos los criterios. La explicación de los hechos históricos y los personajes que en ella se encuentran corresponden a nuestra propia realidad. Aquí escucharemos las voces genuinas de nuestro devenir histórico. Ninguna que tenga algún valor ha sido omitida. En una obra de esta naturaleza existe la certeza, ya no la posibilidad, de alguna o algunas faltas. De ello estamos plenamente conscientes, mas su ausencia se explica sólo por un descuido y no por eliminación intencional.

La historia mexicana es como la de muchos otros pueblos, muy compleja e intensamente dramática. Ha pasado por perío-

dos altamente dinámicos; la Conquista, la Independencia, la Reforma, la Revolución y por otros que en medio de un aparente estatismo e inmovilidad, han servido de fermento a profundos cambios y conmociones. En sus largas centurias, sin embargo, se observa una constante, la de la acción que promueve conscientemente una mutación en el estado general de las cosas: social, cultural, económico, político, y compromete en ese cambio su destino. Los actores de la historia mexicana han tenido en buena parte clara conciencia de ese compromiso; en otros, los menos, se ha manifestado atenuado. Con prístina claridad unos, débilmente otros, en sus escritos han testimoniado ese compromiso. Los caminos han sido diversos y ese enfrentarse, esa capacidad de selección ofrece en cuanto a testimonios una escala muy variada, una serie de opiniones muy contradictorias. Nuestro propósito ha sido el de ofrecer las más significativas, de mostrar no sólo las divergencias de opinión y conducta frente a determinados hechos, sino también las diferentes explicaciones históricas que posteriormente se han dado a aquellos hechos y a aquellos hombres. La explicación de un acontecimiento alcanza una mayor perfección en la medida en que es posible escuchar a las partes interesadas. Por ello acerca de un mismo fenómeno escogimos y presentamos dos o más testimonios. De esta suerte volvemos a escuchar la polémica, a recrearla y a comprender el por qué de la solución que se dio.

Los textos que se ofrecen corresponden a los aspectos más salientes de nuestro proceso histórico. Pensamos que había que mostrar su desenvolvimiento en forma amplia, señalando los múltiples aspectos que lo integran, pues la acción del hombre es varia y compleja. En estas páginas transcurren innumerables personajes, desde las más remotas épocas hasta las más recientes. Se tiene un desarrollo cronológico que hincia en los más variados aspectos y así, dentro de un orden progresivo, nos percatamos de la evolución social, cultural, económica, política y religiosa de México. Desde las visiones cosmológicas de las culturas de los nahoas y mayas, sus costumbres y panteón religioso, el impacto de la Conquista, la evangelización, la dominación y organización virreinal, la lucha por la Independencia y la Reforma, la paz porfiriana, la Revolución y la transformación actual, todo puede encontrarse aquí. A quien quiera seguir con curiosidad el desarrollo mexicano en esa forma estas páginas podrán satisfacerle ampliamente.

Por otra parte, estas lecturas revelan también ya no el

desarrollo histórico, sino el proceso historiográfico mexicano. Los testimonios seleccionados son una muestra de cómo ha sido realizada la historia, entendida no sólo como *res gestae*, que es el desarrollo histórico, sino como *historia rerum gestarum*, esto es, el saber sobre esos acaecimientos, sobre el tal desarrollo y esencialmente sobre los aspectos más salientes de ese desarrollo. Advertimos que no pretendemos que éste sea un trabajo historiográfico, esto es, un estudio de las diversas formas de sentir, enfocar y realizar la historia, sino solamente una presentación de lecturas históricas. De todas suertes, movidos por la experiencia académica que obliga a proporcionar mayores elementos a los estudiantes y con el deseo de que pudieran éstos, y los lectores interesados en la historia, profundizar más y mejor en el conocimiento de los autores y de los personajes de que se ocupa, intentamos dar una explicación sucinta de los períodos, momentos y aspectos más sobresalientes de la historia mexicana. Con la misma razón hemos creído indispensable acompañar a cada lectura de una breve presentación que la sitúa, la explica, con la información biográfica más sucinta y la bibliográfica más actual. Con ello tratamos de facilitar la lectura de cada texto y de impulsar al lector a la búsqueda de obras más oportunas que le permitan ampliar sus conocimientos. Esa labor ha sido ímproba y penosa. En un cierto momento estuvimos dispuestos a renunciar a ella, mas creímos que podría ser, junto con los textos, el aporte más rico a ofrecer. A través de las notas se podrá advertir la penosa tarea de recoger de libros, revistas, periódicos, etc. la información ahí contenida. No es ella tampoco completa. Habrá que adiccionarla, mejorarla y actualizarla en cada oportunidad. Nuestra experiencia en el trabajo bibliográfico nos ha posibilitado hacerla, mas estamos conscientes de su deficiencia. Por otra parte, esta obra ha excedido los límites de un manual, mas era tanta la riqueza del material acumulado que no creímos prudente sacrificarlo. Difícil resultaba volver a emprender tarea similar, que tiene la finalidad de dar una visión lo más completa de nuestra historia. Para un manual, ahora sí adecuado a los estudiantes, reservamos utilizar a través de rígida selección, lo indispensable. Ahora hemos preferido mostrar, como un todo espléndido, si no íntegra, sí rica manifestación del cultivo histórico que el mexicano ha realizado con pasión, con amor, puestos en la explicación de un pasado y en la gestación de un futuro.

Las páginas seleccionadas que integran estas lecturas, reiteramos, dan una clara visión de los procesos histórico e historiográfico de México. Comprenden todas las épocas y los aspectos más diversos. Las iniciales corresponden a la historia precolombina, a las ancestrales culturas del México indígena, a sus pueblos más representativos. Son ellas testimonios elocuentes no sólo de un pretérito, sino de la forma de describirlo. Mayas, nahoas y tarascos desfilan, se hacen presentes en testimonios originales, de una gran autenticidad, aun cuando hayan sido trasladados por escribanos europeos o indios castellanizados en el momento de la Conquista o tiempo después. Luego aparecen testimonios de los años de dominación y así hasta llegar a los contemporáneos. La ordenación la hemos hecho de acuerdo con la época en que florecieron sus autores, esto es, tiene un sentido cronológico a base de los hombres que escribieron los textos ofrecidos. De esta suerte puede percatarse el lector del tono, del sentido, del valor de la labor historiográfica, de su desarrollo, de sus tendencias y de sus expresiones más puras. Hasta cierto momento esos testimonios son coetáneos de los acontecimientos que narran o un poco posteriores. Años más tarde ya no ocurrirá eso, muchos testimonios serán coetáneos de los personajes o de los acontecimientos que describen, mas otros, en buena mayoría, se referirán al ayer.

Para poder mostrar el desarrollo histórico a través de un sistema progresivo, rigurosamente cronológico, útil para muchos lectores, para mostrarles cómo ha sido visto ese desarrollo por los testigos coetáneos del mismo o los posteriores, hemos confeccionado un índice que obedece a ese ritmo, a esa necesidad. En él se hallarán ordenadas las lecturas en base a una continuidad histórica, en razón de la etapa a que se refieren. Esta ordenación presenta la ventaja de apreciar cómo han sido tratadas historiográficamente determinadas épocas, cuáles han sido los intereses y los modos de asediar las fuentes, determinados problemas, ciertos personajes, acontecimientos peculiares. Otro índice agrupa a los autores en orden alfabético, con lo cual se facilita su búsqueda y localización.

Como cada autor, y por consiguiente cada texto, está incorporado, determinado por su peculiar circunstancia, obedece a ciertas formas de ser, a específica jerarquía de valores, a ciertas inclinaciones personales o colectivas y constituye el fruto de un ambiente, creímos pertinente acompañar estas lecturas de unas tablas cronológicas que muestran el mundo en

que floreció el autor y el momento en que alumbró su obra. Escritores y sus obras están nimbados de una serie de elementos culturales y materiales de los que no pueden desprenderse. Su personalidad, por recia que ella sea, adquiere en el ambiente que la circunda sus perfiles más definidos, en él se precisa y adquiere consistencia, bien que se ajuste a él o bien que lo contradiga y con él choque. Para comprender el ámbito general de nuestros historiadores y de sus obras, las tablas colocadas al final de las lecturas serán de gran utilidad.

Las lecturas, como toda obra antológica, responden a un criterio subjetivo que es conveniente mostrar. Atendimos en primer lugar a la importancia misma del texto, a su valor histórico y literario, a su trascendencia en el momento y posteriormente, elegimos una parte concreta, específica en las más de las veces, y también trozos diversos que muestran diferentes aptitudes o intereses ante la historia. Para poder mostrar el desarrollo histórico, hemos en ocasiones sacrificado un texto que podría pasar como clásico, para dar otro igualmente valioso, mas referido a un aspecto, a un problema o personaje que interesaba describir. La necesidad de señalar aspectos concretos, nos ha llevado en ocasiones a reproducir trozos de cierta amplitud, mas la extensión no significa siempre que otorguemos a ese testimonio un valor mayor que a otros de menor extensión, ni tampoco que su autor pueda aparecer como más importante. Las notas mismas explicativas de autor y texto, en cuanto a su extensión no indican sino la posibilidad de encontrar mayor información sobre aquellos autores. Algunas lecturas son amplias y las presentamos en su integridad, dada su importancia; tal ocurre con la Crónica de *Chek Xulub Chen*, y con los *Apuntes para mis hijos* de Benito Juárez, para no citar sino a algunos extremos. Con el deseo de que las lecturas pudieran ser fácilmente utilizables, que no presentaran obstáculos para su aprovechamiento y exacta comprensión, siguiendo criterios científicamente establecidos, tanto desde el punto de vista histórico como didáctico, las hemos transcrito modernizando la ortografía y la puntuación. No será pues pretexto que están en "español antiguo" para no leerlas. Algunas, dado que son versiones literales del nahuatl y del maya, tienen un estilo peculiar y en ese estilo diferente radica su máxima riqueza. En la mayor parte de las veces, se ha adaptado, para reproducirla, la fuente original, en otras hemos acudido a las versiones más perfectas, pero en todo caso la mención de la fuente se hace en cada trozo.

La procedencia de los textos es diversa. No todos ellos tienen como autores a historiadores profesionales, avezados en el trabajo histórico, dotados de un instrumental intelectual y material perfecto, consagrados por entero a esa disciplina, provistos de fichas y ficheros e inundados de erudición, sino que en ocasiones son gente ajena por completo a la especulación histórica, pero actores o testigos de peso en imponderables acontecimientos; otras veces no son altos personajes, ni siquiera de calidad mediana, sino ignaros miembros del pueblo, la mayoría de las veces el verdadero gran actor de los dramas históricos, aun cuando no siempre debidamente reconocido.

No hemos escogido pues en estas lecturas tan sólo los testimonios de aquellos que pasan por historiadores profesionales, de aquellos consagrados por la crítica como integrantes de ese enorme gremio con sus jerarquías de maestros, oficiales y aprendices, que no hay tantos, y muchos, pese al rango oficial, no merecen ser considerados, sino los de todos aquellos espíritus sensibles que han sabido captar en sus páginas, transidas de emoción, el estremecimiento sutil y luminoso con que el espíritu intuye el lento o acelerado movimiento de todas las generaciones humanas. Sólo a través de esa luz, que sacude la conciencia, es como se capta a toda o parte de la humanidad, como se comprende el drama de todos los hombres, y esa conmoción en muchos casos es apasionada y tormentosa, como el drama visto y descrito. No es pues solamente la obra de historiadores *in strictu sensu* la que se presenta, sino la de valiosas individualidades que en el campo de las letras, del arte, de la sociología, del derecho, de la política, de la economía, de la religión, del magisterio, del periodismo, han intuido con amplitud visiones amplias o concretas de la historia mexicana y, con un sentido del que muchos profesionales de la historia carecen, nos han dejado un testimonio revelador de su espíritu, de su cultura y de su gesto, pleno de macizos pensamientos, de oportunos y penetrantes comentarios, de patética emoción, de cálida ternura ante la miseria o los goces de los hombres del pasado y del presente.

En sus páginas se hacen vivos, las almas, los corazones, los cuerpos de nuestros progenitores. Hinchidas de emociones morales, no vano y sentimental adorno, sino manifestaciones auténticas de la armadura social y de la virilidad de su propio ser, pronto a la simpatía, a la compasión y también al enérgico juicio y a la condenación, esas páginas son brillantes testimonios, auténticos y plenos, de un pasado, mucho más que aque-

lla otra historia sin nervios, sin pasiones y sin alma, despojada de su verdadero sentido: orientar y dirigir a las sociedades humanas, sin el cual se convierte en una disectriz de cadáveres, en una biología de muertos.

De ese gran número de escritores cuya visión del pasado es múltiple, tenemos una escala inmensa de valores, de criterios distintivos, de métodos diferenciales, de formas de expresión múltiples. Unos mejor dotados que otros penetraron en aspectos más hondos y trascendentales, en el campo de las grandes transformaciones sociales, económicas, religiosas y culturales cuya influencia es de gran alcance y cuya oscilación en amplias capas no se muestra sino a quien tiene una certera intuición. Ellos así han dejado para que actúen en la conciencia general, los recuerdos que son colectivamente útiles, los que advierten el lento transcurrir de un fenómeno y saben precisar los solemnes instantes en que se decide un destino. Otros en cambio, de espíritu analítico, observaron tan sólo fenómenos aislados, concretos personajes y sus particulares hechos y, de ellos, en pinturas que van del grabado y el aguafuerte, al pastel; de la vigorosa pincelada al estilo impresionista; del retrato que capta el alma y aún de la caricatura nos entregaron frescas, retozonas, amables, patéticas, sensitivas páginas.

Hazañas guerreras, cavilosos proceder, beatíficas vidas, inmorales desvaríos, fuertes y elevados proceder; hombres de carne y hueso, sus más variados actos, las instituciones brotadas de ellos mismos en todo nuestro territorio y todas las épocas, pues no hemos deseado tan sólo testimonios que giren en torno de la gran capital, sino de todas nuestras latitudes, Norte, Sur, Oriente y Poniente. El recio y seco altiplano, las cálidas tierras de ambas costas, el lejano Sureste con sus peculiares problemas geográficos, sociales y económicos; el dilatado Norte con su impetuosidad, sus indómitos hombres, su alzado carácter; la sierra oaxaqueña, nido de gobernantes enérgicos y amantes del poder; las ventrudas montañas henchidas de plata de Zacatecas, Guanajuato y San Luis Potosí; la placidez urbana de Morelia, Puebla y Querétaro, cuyo cielo se espina en la armónica esbeltez de sus campanarios. Rebeliones de indios, convites eclesiásticos, actos gubernamentales, funciones académicas, epidemias, resistencia al invasor, guerras intestinas; la traza urbana, el ambiente geográfico, los sobresalientes monumentos "todo —como dijera Balbuena— en este discurso está cifrado".

La memoria que muy diversos hombres y alguna que otra mujer han tenido del pasado de México, alternada con las impresiones que su mundo circundante les daba, ha sido recogida aquí, mas esa memoria es actuante, no muerta, puesto que modela toda nuestra vida, anima espiritualmente nuestros destinos. Esta finalidad trata de mostrarse en esta obra que podría intitularse también: "Espejo del mexicano a través de su pasado". Para reconocernos en él, ver a través de sus figuras en movilidad como hemos cambiado o como seguimos siendo, basta leer con atención las páginas y reconcentrarse en ellas, pero no es la vana recreación del pasado la que se trata de lograr, sino la toma de conciencia con ese pasado. Con el repaso de estas páginas se anhela que gracias al examen del ayer se haga inteligible el presente, que gracias a la meditación acerca de los hombres y hechos pretéritos que consigo arrastran su propio tiempo, se pueda entender mejor la actualidad, que en virtud de la historicidad que consigo llevan todos esos testimonios, los problemas, dramas y aspiraciones de nuestros días se clarifiquen, se hagan más patentes y pueda, entonces sí, el mexicano, con plena conciencia, modelar con su activa voluntad el futuro.

El pasado, fuerza en movimiento, no es posible abolirlo. Actúa callada y avasalladoramente sobre el presente. La humanidad al comprenderlo, al penetrar a fondo en él lo aprovecha, lo dirige, modela en él presente y futuro.

Algunos hay que han temido su fuerza y han tratado de hacerlo desaparecer. José Luis Borges en *Otras inquisiciones* relata, citando a Herbert Allen Giles, que el ministro Li Su propuso tres siglos antes de Jesús "que la historia comenzara con el nuevo monarca, que tomó el título de Primer Embajador. Para tronchar las vanas pretensiones de la antigüedad, se ordenó la confiscación y quemazón de todos los libros, salvo los que enseñaran agricultura, medicina o astrología. Quienes ocultaron sus libros fueron marcados con un hierro candente y obligados a trabajar en la construcción de la Gran Muralla. Muchas obras valiosas perecieron; a la abnegación y al valor de oscuros e ignorados hombres de letras debe la posteridad la conservación del «Canon» de Confucio. Tantos literatos, se dice, fueron ejecutados por desacatar las órdenes imperiales, que en invierno crecieron melones en el lugar donde los habían enterrado".

En el México antiguo cuéntase de la destrucción de los ricos archivos de Texcoco, ordenada para que no quedase huella

de los pueblos vencidos, y se pudiese erigir una nueva era encabezada por los vencedores.

Añade Borges que ese intento presentóse también en Inglaterra dentro de los Parlamentos Populares convocados por Cromwell “en los que se propuso muy seriamente se quemaran los archivos de la Torre de Londres, que se borrara toda memoria de las cosas pretéritas y que todo el régimen de la vida recomenzara. Es decir, el propósito de abolir el pasado ya ocurrió en el pasado y —paradójicamente— es una de las pruebas de que el pasado no se puede abolir. El pasado es indestructible; tarde o temprano vuelven todas las cosas, y una de las cosas que vuelven es el proyecto de abolir el pasado”.

No podríamos terminar este párrafo sin aprovechar la extraordinaria visión que de la Historia, así, con mayúscula, nos da uno de los espíritus más dilectos de la historiografía francesa, Gaston Roupnel. “La historia —escribe— es la incasante prueba experimental de la energía humana, pero ciencia de la fuerza de los hombres, es más bien la fuerza de la fe de los hombres en el hombre... Es la forma superior de toda la actividad humana. Lejos de ser la inactividad del recuerdo, posee un poder propio de decisión y de acción. Tomamos conciencia de ese pasado para hacerlo una fuerza activa de la vida y del mundo. El pasado está en la historia sólo con actos y resoluciones que se continúan. De la historia hecha nace la historia a vivir y de la materia que trata salen los hombres y las sociedades... Es un dinamismo constante. Actúa por los acontecimientos vividos y apresura a los que van a realizarse. Mantiene la continuidad histórica y el movimiento de los grandes hechos... Animadora de nuestros destinos reina sobre todas las manifestaciones humanas. Ella es la que nos tiene y mantiene dentro de la humanidad desde que somos hombres. Genio creador, sustituye al antiguo instinto de la especie...”

II

La Concepción Histórica

Las concepciones de la historia sustentadas por los historiadores mexicanos se han movido en el tiempo —con las variantes muy significativas que ofrece la peculiar formación y genio histórico— dentro de los cánones clásicos generalmente

admitidos, esto es, se la ha tomado como narración de los acontecimientos, consagrada tan sólo a describir lo ocurrido en el tiempo y en el espacio, con el propósito de que no se ignorara ese acaecer, no se perdiera en la conciencia de los hombres la realización de un acto y el nombre de su autor; de que mantuviera perpetuo recuerdo de los acontecimientos que afectaron a una colectividad o a un hombre representativo de ella. Ejemplos de esta concepción los tenemos desde los ancestrales relatos de los pueblos aborígenes que cristalizan en los llamados *Anales*, cuya balbuciente redacción, como tan bien lo ha visto don Angel María Garibay, muestra el sentido último que tienen: “comunicar el pensamiento en forma de viva precisión y no sin natural elegancia”. En los *Anales*, desde los llamados *Anales Históricos de la Nación Mexicana* y los *Anales de Cuauhtlán* cuyo estilo continúa varias décadas después Chimalpahin con sus *Relaciones* y su *Diario*, y posteriormente Guijo, Robles y Sedano en sus *Diarios* y más tarde también las *Efemérides*, como las de Buelna, Marmolejo, Mestre Ghigliazza, por no citar sino los más característicos, se trata en rigor de salvaguardar tan sólo la memoria del pasado. Aun parte de obras con mayor ambición, como las de Cavo, la llamada *Los Tres Siglos de México* y también la *Historia de la Dominación Española* de Orozco y Berra podrían entrar en esa clasificación.

Otra corriente, la pragmática, iniciada por Tucídides y Polibio, orienta la búsqueda e interpretación histórica a un fin utilitario. Señala los acontecimientos pretéritos como base para entender y remediar los presentes, busca dar normas que eviten al hombre incurrir en los mismos errores que sus antepasados. “Magistra Vita” decía Cicerón al advertir la utilidad prestada por la historia. Dentro de esos fines pragmáticos pueden quedar incorporadas multitud de tendencias, desde las que explican la historia como un mero designio de la Providencia que desea hacer patente el triunfo de la fe y de la religión hasta aquellas otras que, fiadas tan sólo en la fuerza y voluntad del hombre, ven siempre su actividad dirigida a destinos mejores a través de un progreso constante. La ley del progreso si bien “encubría de cierta generosidad espiritual la cruda materialidad de la mayor parte de las actividades humanas, también inspiró a toda una gran época sus extraordinarios esfuerzos políticos y sociales y dotó de unidad y coherencia en sus obras a un gran número de historiadores dándoles una seductora fuerza de demostración”. Dentro de

esta tendencia pragmática cabrían muchos de los cronistas religiosos, que veían cumplirse en los frutos de la predicación los destinos de la Providencia y materializarse la Ciudad de Dios. Sentido pragmático tienen también obras que son análisis de un esplendoroso pasado que añoran con deleitosa y triste contemplación, enfrentándolo a una cruda y amarga realidad, y señalando a los mexicanos la necesidad de verificar sus raíces auténticas para no rodar de desatino en desatino. Lucas Alamán, el más representativo de ellos, podría ser un claro ejemplo, y otros expositores conservadores en los que anida un sentimiento rayano en el providencialismo.

La consideración de que México era un país diverso a su dual tronco, una nación con orígenes, caracteres y destinos particulares y que por tanto su conformación nacional obedecía al continuo desarrollo de un espíritu común surgido de un mestizaje cultural y biológico, llevó a valiosos cultores de la historia a elaborar ésta dentro de las normas de otra corriente, la genética. Los antecedentes de esta tendencia calan muy hondo en nuestro proceso historiográfico, pues nos llevan a la aparición del criollo y de la disputa criollística surgida en el siglo xvi. Dorantes de Carranza y Suárez de Peralta son de los primeros en prenderse en razones genético-políticas que en los escritores del siglo xvii, Sigüenza, Guijo y Robles, y luego en los del xviii, sobre todo de aquellos que revelan y justifican la cultura mexicana como Eguiara y Eguren y Clavijero, se harán mucho más patentes al grado de contribuir en forma decisiva a la formación de una creciente corriente de optimismo, que como bien ha visto Luis González, propicia la emancipación.

El liberalismo y el positivismo con sus postulados mantuvieron interpretaciones semejantes urgidos como estaban de contar con fuerzas políticas actuantes que les permitieran reorganizar la sociedad y reconstruir al país arruinado por una serie incesante de luchas intestinas que habían llevado a la anarquía, a la pérdida del territorio y a las intervenciones extranjeras. Por ello aplicaron sus esfuerzos para lograr no sólo explicar la realidad social a base del perfecto entendimiento de sus integrantes indios y españoles que serían los que constituirían los componentes de sucesión, junto con los criollos, que son los que amalgaman a los anteriores, amalgamamiento que se ha de explicar derivado de la ley de coexistencia. La sucesión y la coexistencia son por ello las bases del progreso y del orden. Las fuerzas primordiales reguladoras del movimiento

de la civilización mexicana: raza, medio y momento, fueron vistas con precisión por los autores liberales de la gran obra *México a través de los siglos*, quienes determinaron con claridad la influencia que cada una de esas fuerzas tuvo en la historia mexicana y el momento en que interactuaron para constituir la nueva nacionalidad, aquella que consigue la emancipación no sólo de México, sino de todos los pueblos de América, fenómeno que como recuerda con tan gran precisión Edmundo O'Gorman, hizo exclamar a Riva Palacio que constituía "algo único en la Historia Universal". La obra auspiciada por Justo Sierra, *México y su evolución social*, publicada a principios de este siglo (1900-1902) va más lejos que *México a través de los siglos*, pues intenta mostrar no únicamente la formación del pueblo mexicano, sino su evolución, la forma de superar los diversos problemas que su propia realidad le enfrentaba. El concepto de desarrollo con el que el Romanticismo llenó las lagunas existentes entre uno y otro acontecimiento, los períodos de detención, de espera en la sucesión de los fenómenos, fue denominado por los positivistas evolución. Ellos también sustituyeron a los sujetos particulares de la historia, los héroes, los hombres geniales con sus específicas cualidades, "por los valores universales, la idea, el espíritu, las naciones, la libertad", y en vez de hablar de individuos aislados hablaron de masas, razas, sociedad, pueblo, tendencias sociales. Esto es lo que nos explica el título de esa obra y de la particular de Justo Sierra: *Evolución Política del pueblo mexicano*.

A base de esa sustitución de conceptos se va a llegar dentro de aquella época, dura, escéptica y corrosiva, y una vez que el agnosticismo empieza a dominar, a la entronización de un nuevo ídolo, la Ciencia. La postulación de esta divinidad rectora del espíritu de la clase dominante, va a ser definitiva. En sus altares ardieron las luces de la fe puesta en ella y se quemaron todos los inciensos por mano de sus grandes pontífices. De este culto que inculcó también a la historia, que tendía a mostrar el gran progreso material del país, nada quedaría, cuando un alarido surgido de las entrañas mismas del pueblo enseñó a los científicos que en sus grandiosos y científicos sueños se habían olvidado del hombre que se agitaba aquí, en la tierra.

No podemos olvidar que a la formación del pueblo mexicano, al estudio de nuestra sociedad, han sido dedicados penetrantes ensayos por sociólogos y juristas de bien merecido

renombre. Algunos arrancando del positivismo y otros de corrientes sociológicas y filosóficas en boga han escrito capítulos imponderables. Emilio Rabasa, Molina Enríquez, Luis Cabrera, Daniel Cosío Villegas, entre otros, han dejado en espléndidas páginas, ricas interpretaciones.

Con nuevos métodos de las ciencias históricas y de las sociales —la historia comparte porción de ellas y se sirve de sus resultados— así como de las tendencias filosóficas, deben iniciarse nuevos trabajos. Hace varias décadas, Torres Quintero proponía utilizar el materialismo histórico como método, lo que han hecho ya varios escritores con mayor o menor acierto, pero aún quedan, repetimos, otros métodos que aplicar, otras interpretaciones a dar; no se han cerrado ni se cerrarán jamás las posibilidades de la humana inteligencia, que no resiste las limitaciones.

Métodos apropiados, fuentes inteligente y científicamente establecidas e interpretadas, uso del sentido común, de la reflexión, continua y profunda, intuición artística, lógica en la construcción, son indispensables en el trabajo histórico. Las nuevas generaciones llegan mejor dotadas de instrumentos materiales y con gran vocación. Es de anhelar que su inteligencia y su voluntad, encaminadas a esa labor, hagan de su obra frutos reveladores de la fuerza actuante de la historia, de su sentido último, animador espiritual de los destinos humanos. La historiografía actual, como reconoce Edmundo O'Gorman, tiene el mérito de tratar de "comprender nuestro pasado a la luz de la noción del ser del mexicano, como una posibilidad siempre en trance de realización" y de haber cobrado conciencia que el ser nacional es "algo que depende de nuestras decisiones y esfuerzo, algo del que todos somos responsables... algo, en fin, que a todos nos incumbe realizar".

III

La biografía

La historia —señala José Luis Romero— ha sido objeto de una tipificación, de un ordenamiento en esquemas regulares o concepciones en los que se organizan y estructuran los elementos de la intelección histórica valorados conforme a ciertos principios, esto es, según los elementos históricos elegidos para formular la concepción. Uno de ellos, que consiste en

tomar como punto de partida la intuición de los agentes del devenir histórico, produce un grupo en el que se distinguen nítidamente, con sus rasgos perfectamente acusados y bien definidas sus formas, tres tipos historiográficos.

El primero está caracterizado por la intuición de una comunidad de nítido contorno —griegos, romanos, franceses, mexicanos, etc., comunidad de la que se quiere averiguar y relatar su desenvolvimiento histórico. Sus cultores van desde Herodoto y Tito Livio, a Michelet. Entre nuestros historiadores podemos señalar a Clavijero y la mayor parte de los consagrados a relatar la historia mexicana como la de una comunidad perfectamente definida.

El segundo grupo parte de la intuición de la humanidad como totalidad. Es el devenir de la humanidad el que interesa, aunque ese devenir esté restringido por los naturales límites que el alcance del conocimiento tiene. Este grupo ve con interés las manifestaciones de una comunidad o de un hombre, mas éstas las refiere a la totalidad, en ella las encierra y comprende. Es la humanidad íntegra la que importa y las actividades particulares por amplias que sean están incorporadas en aquélla. La representan Polibio con su *Historia*, Voltaire con su *Ensayo sobre las costumbres*, Carlos Pereyra con su *Historia de América*, Justo Sierra con su *Historia Universal*, y Silvio Zavala con su *Historia de América (Epoca Colonial)*, algunos de los cuales, aunque bien limitados a una porción de la humanidad tienen ya un interés mayor que se ahinca en los contactos con la Historia Universal en que dichos autores apoyan el desarrollo de su obra.

El tercer grupo se sustenta en la intuición de un individuo como sujeto de un devenir histórico. Es un hombre aislado, un prototipo en el que radica el interés y del que parte la realización histórica. Este tipo se manifiesta en la biografía.

En general, se afirma que los acontecimientos que más influencia han ejercido en la historia encuentran sus causas en los resortes íntimos de una gran individualidad. Aun en su desarrollo, la mayor parte de acción termina con la intervención de una personalidad muy precisa. Los destinos humanos han estado también mucho más en manos de un solo mortal.

Separar del teatro histórico la actuación de un hombre, es casi como separar de una obra arquitectónica los elementos que la sostienen. Al admitir que la historia es obra humana es preciso, por tanto, que en ella aparezcan todas las humanas contingencias.

El hombre grande aparece en los momentos críticos de la vida de un pueblo y en él se expresan las necesidades y encarnan los espíritus. Es en rigor la síntesis particular de las energías y emociones colectivas.

Dentro de la historiografía mexicana las obras biográficas son numerosas, y como sus congéneres en otros países, han alcanzado una mayor difusión, cuentan con lectores más numerosos, pues la apetencia del pasado trata de satisfacerse en grandes grupos, mediante el conocimiento de una personalidad discutida, de un auténtico hombre, de un semejante en el que latan los mismos vicios y virtudes del lector en el que pueda reencarnarse y revivir la historia, y no de una comunidad lejana cuyo desarrollo es difícil seguir, y menos de una complicada y nebulosa humanidad que inquieta sólo a ciertos grupos.

Existen, cierto es, en la biografía mexicana obras a la manera de Plutarco como algunas de las escritas por los cronistas, entre otros Torquemada, las de Luis Maneiro y Fabri sobre sus compañeros de religión y también hagiografías al estilo de las medievales, y del "flos sanctorum" como las que aparecen en las páginas de un Burgoa, de un Dávila Padilla o un Franco y también algunas renacentistas semejantes a las de Pulgar en ciertos preciosos trozos de Bernal y Gómara, pero también hay otras que muestran como los caracteres sobresalientes de un personaje lo son en la medida que son supra individuales, que proceden de valores vigentes en el seno de la comunidad o, más ampliamente, de la humanidad. Esto es, hay biografías que no rompen el entronque entre el devenir del individuo y el de la colectividad a que pertenece. La existencia individual aparece como representativa de los ideales colectivos. Así la vida excepcional, el personaje ejemplar no ha podido desprenderse de la comunidad que lo produjo. Claros exponentes de esta corriente son el *Hernán Cortés* de Carlos Pereyra, *Juárez, su obra y su tiempo*, de Justo Sierra, *Cuauhtémoc* de Salvador Toscano.

Existen casos de indagación de la vida de los individuos, que penetran hasta los más mínimos detalles, a los meandros de la conciencia, al interior oculto tenazmente, al microcosmos individual, como lo hace la moderna biografía, la cual por un lado, como sugiere Croce, "ilumina lo que el individuo hace y padece en relación con la misión que cumple y el aspecto de la Idea que en él se halla en acto", y por el otro recoge los elementos más subjetivos e individuales más íntimos

y a través de ellos elabora una obra. Este último extremo de la biografía moderna que tantos cultores ha tenido en otras latitudes sólo presenta escasos ejemplos en México, más dentro de la novelística histórica que en los campos de la producción histórica pura. La biografía de Santa Anna que comenzara a publicar Agustín Yáñez muestra un tanto ese interés, así como la biografía de Sor Juana y diversos estudios de Ezequiel A. Chávez, y otros ensayos de diferentes autores en torno de esa mujer extraordinaria. Algunas biografías de Mateo Solana, quien sigue a Marañón, revelan asimismo ese aspecto.

Entre esos dos extremos oscila la historia biográfica mexicana, la cual está igualmente influida no sólo por la preferencia particular del biógrafo, sino también por ciertas apetencias e inclinaciones de la sensibilidad colectiva que busca la referencia a unos u otros valores, los colectivos o los individuales, según su predisposición.

En la historia biográfica desde sus expresiones más antiguas, la leyenda y el mito en las que se recoge en forma muy primaria la intuición de la existencia individual como esquema y cuadro temporal del transcurrir histórico, muéstrase sin embargo una liga entre esos intereses, los individuales y los colectivos. Al hombre o grupo de hombres que trataron de recoger las características de su comunidad o de su grupo, fue más fácil personificar esos caracteres en un individuo que en una comunidad inasible. Caracterizar a una colectividad con una serie de valores, de actitudes, de acciones, frente a otras comunidades fue más difícil que señalar las características de un personaje. De esta suerte pasaron los atributos de la comunidad a un arquetipo, quedaron reducidos a un mero acontecer personal, a la vida de un hombre más precisa, más determinable en el tiempo a través de su movimiento o aparición y muerte o desaparición. El acaecer colectivo, el desarrollo histórico del grupo quedó así adscrito a la existencia personal y al suceder esto surgió el héroe, que no es otra cosa que la corporalización de una serie de características colectivas. Como las circunstancias que rodean a esos hombres o sus formas de actuación son diversas, los hombres son también de diferente tipo, y así los relatos biográficos partiendo del mito y la leyenda se referirán a los hombres fundadores de una nación o colectividad, a los organizadores o legisladores y a los realizadores de hechos valerosos o caritativos.

La historia precolombina produjo esos tipos, y así aparecieron Quetzalcoatl y Nezahualcoyotl, que muestran las carac-

terísticas de los grupos de los que formaban parte esos personajes. Con el advenimiento de la cultura europea, llegaron a América las formas tradicionales de la historiografía biográfica de largo contenido y profundidad y en los cuales se habían creado, en virtud del proceso de síntesis y personalización del que surge la figura del héroe, una serie de modelos de arquetipos que no son sino ejemplos de individuos despersonalizados, en la medida en que se personaliza en ellos un proceso colectivo. Estos arquetipos de la historiografía europea surgieron desde los remotos tiempos de la historia griega y la romana. Es sobre los arquetipos de la tradición grecolatina que la biografía europea elabora sus características biográficas. El cristianismo en su tendencia a la virtud amplía ese campo del que quedan preciosos e innumerables ejemplos, y posteriormente el Renacimiento precisará otros. De todas suertes no se ha abandonado del todo esa inclinación de adscribir la existencia individual a un arquetipo que configura un peculiar estilo humano.

Si la tendencia cristiana a sublimar el cultivo de las virtudes morales y religiosas se introdujo en la historiografía mexicana a partir del siglo XVI y dio en el siglo XVII sus frutos más abundantes y logrados, fue en este mismo siglo en el que se pusieron de relieve —no se descubrieron—, se difundieron —ya se habían percibido—, las virtudes colectivas de la comunidad dominada, de los pueblos sujetos por la voluntad del conquistador, las cuales no podían, por su valor innegable, patente y tenaz, ser negadas. Por vez primera en el siglo XVII se dejaron a un lado los arquetipos europeos para colocar en su lugar arquetipos americanos, se abandonó, si no la caracterización de las virtudes que continuó siendo hecha a través de los valores europeos, grecolatinos y cristianos, pues no todos los valores prehispánicos fueron reconocidos, sí por lo menos la mención de los nombres de los arquetipos. No fue de toda suerte una sustitución de nombres sino algo más hondo, un intento, el primero, no sólo de explicación y comparación de valores, sino de incorporación de esos valores a la cultura occidental. Tal hecho correspondió hacerlo al más mexicano y más original de los sabios del siglo XVII, a don Carlos de Sigüenza y Góngora

El deseo de Sigüenza fue poner de relieve, cómo dentro de una cultura diferente, dentro de un medio diverso al europeo era posible la existencia de valores, de virtudes, de acciones positivas. Las manifestaciones éticas y de belleza, de valor y

abnegación, de prudencia y saber, eran dables en toda la humanidad y no había por que buscarlas solamente dentro de la civilización europea. El mundo indígena penetrado por el sabio barroco poseía méritos como el del mundo europeo y de sus hombres podían forjarse, como él lo realizó, arquetipos a imitar, más cercanos a nuestra sensibilidad y realidad, más próximos en tiempo y espacio.

No podemos asegurar si la idea de Sigüenza tuvo éxito y se difundió, de lo que sí podemos estar ciertos es de que su intento permitió la incorporación de la cultura indígena dentro del marco incomparable de las grandes civilizaciones. De este paso de Sigüenza al dado por el P. Márquez al siguiente siglo, mediante el cual la estética prehispánica, esto es, una alta muestra de cultura, penetraba dentro de la universalidad del arte, al lado de otras grandes manifestaciones, no habría mucha distancia.

El siglo XVII nos dejó excelentes biografías entre las cuales hay que citar la de Sor Juana Inés de la Cruz escrita por el P. Calleja y la cual recogió más tarde Eguiara y Eguren. Otras muchas de excelente calidad, pero de tipo hagiográfico, se escribieron entonces.

La siguiente centuria cuenta principalmente con las semblanzas de los jesuitas escritas por Fabri y Maneiro, y también con otras de tipo civil.

Los historiadores de la guerra de Independencia e inicios de la época nacional, Mier, Mora, Alamán, Zavala, Bustamante, al referirse a las figuras señeras de esos años, dejan sobrias y bellas semblanzas. Mora, al pintar a Hidalgo, Allende y Calleja, nos regala vivientes retratos hechos con los colores y trozos de Tintoretto. Bustamante, más prolijo, teatral y grandilocuente, da a sus personajes tintes románticos de los que quedan permanentemente impregnados. Su visión de los próceres, Hidalgo, y principalmente de Morelos, a cuyo lado trabajó, junto con la visión de Quintana Roo, ha dado a las figuras de esos hombres tonalidades románticas de las que jamás se han desprendido. Alamán es conceptuoso, refinado y elegante. Zavala, acerado, cáustico, vivo. Punza y atina en los defectos que no palía sino cauteriza. En su mortal enemigo Tornel y Mendivil, más tardíamente, encontramos asimismo buen desarrollo biográfico. Testigo también de una vida cuyo desarrollo conoce y aquilata es Anastasio Zerecero. Su biografía de Juárez, junto con los *Apuntes para mis hijos* del pro-

pio personaje, representa la fuente primordial de toda la reconstrucción biográfica del patricio. Admirador inalterable de Juárez, señala sus virtudes no sólo como brotadas de su propia naturaleza, sino como fruto de la voluntad y de la inteligencia puestas en juego.

Los historiadores del siglo XIX cultivan la biografía con mayores ímpetus, lo cual se explica por la necesidad de crear un panteón cívico, un martirologio nacional, un "flos patriciorum", indispensable para el fomento del sentimiento nacional. Los censores del régimen colonial, Zavala y Mora entre los principales, destruyen los vínculos de un pasado que sintieron oprobioso y oscuro. La nación que se edificaba de nuevo sobre los "escombros góticos de la colonia", como dijera Zavala, era preciso tuviera un sustento.

Mora, Zavala y Tadeo Ortiz, volcados sobre el modelo clásico que aún alentaba en su vocación, intuían héroes a la manera grecorromana, patricios venerables cuya conducta pudiera modelar la de las nuevas generaciones, mas ese modelo no lo tomaban ya de las auténticas y prístinas fuentes, en un Plutarco, un Suetonio, sino en las que ofrecía el "dulce rector, el encantador Rollin, lleno de pueriles reflexiones y de crédulas complacencias", pero muy al gusto de las formas y tendencias educativas de la época. Se trataba, en fin, de inspirarse en el modelo grecorromano, pero en un modelo adaptado a los gustos del Imperio Napoleónico y de los creadores de las nacionalidades americanas.

Bustamante y Mier lo hincaban en el pasado indígena glorioso puesto de relieve con Las Casas y Clavijero, mas era necesario que las nuevas generaciones tuvieran referencias más próximas, héroes más al alcance de su mano. Los hombres de la Independencia y de la Reforma van a convertirse no sólo en titanes, sino en semidioses.

De la imperiosa necesidad de contar con patrones de civismo, de valentía, de espíritu liberal, para la forja del espíritu cívico, surgieron nuevas biografías, no siempre bien logradas.

Muchas "galerías de hombres ilustres" aparecerán en esas épocas. Rivera Cambas nos habla de los gobernantes del pasado colonial y de la república, Villaseñor y Villaseñor de los insurgentes, como también Elías Amador que escoge a los apodados. La mujer recibe la alternativa de los biógrafos que la consideran no sólo semillero de virtudes domésticas, de maternal abnegación y de amorosa pasión, sino de acción cívica:

directrices de conciencia, modelos a la manera de las patricias romanas. A Luis González Obregón y a Genaro García, biógrafos de nuestras heroínas, debían rendir tributo de admiración las asociaciones feministas, las cuales a través del ejemplo de las nobles matronas del ayer, han conseguido que otras mujeres no menos inflamadas de actividad cívica ocupen los escaños del congreso y se arropen también con coqueta dignidad con las togas de la judicatura.

Entre las biografías de esos años, muchas se consagran a los hombres de Estado, los cuales han sido considerados benefactores, por su gusto al trabajo útil, sus cortas aunque sensatas visiones, su espíritu de moderación y justa mesura en la que descansa su gloria, pese a su carencia de elegancia de espíritu y a sus virtudes burguesas.

Otros historiadores, al notar que no era posible romper el vínculo con tres siglos de historia, que era indispensable evitar una solución de continuidad que impidiera la clara exposición de nuestro desenvolvimiento histórico, y que era urgente emprender una revaluación de lo positivo que tuvo la etapa virreinal, diéronse a la tarea de biografar con modelos nuevos a los amables misioneros protectores del indio y a altivos personajes, de recia acción, de varonil conducta. Dotado como ninguno de los instrumentos materiales e intelectuales indispensables, García Icazbalceta dejó en su *Fray Juan de Zumárraga* el modelo más acabado de biografía en ese aspecto. En ese libro fúndese el alma del prelado dentro de su ambiente, y personaje y colectividad muéstranse íntima y bellamente unidos.

Posteriormente ante la presencia de hombres de estatura colosal, Juárez y Díaz, inteligentes y atrevidos escritores harán, más dentro del estilo del panfleto que de la historia, peligrosas imágenes verbales, a veces constructivas, otras no. Los trabajos de Bulnes marcan esta tendencia. Con otro sentido, cuando el país alcanza un cierto esplendor que puede cegar, un profundo escritor va a mostrar lo que la República debe a quien la salvó, va a señalar el mérito de Juárez y a exaltar sus virtudes. El *Juárez y su tiempo* de Justo Sierra es la más gloriosa biografía cívica de México.

Los hombres de la Revolución, torbellinos de pasión, no han encontrado aún biógrafos adecuados. En multitud de historias y novelas desfilan a la manera como en los frescos renacentistas lo hacen las señeras figuras de aquellos tiempos. Trazos bien logrados de varios revolucionarios, llenos de pa-

sión desbordada, nos dejó Vasconcelos en su autobiografía, mas casi todos esperan aún su autor. Villa encontró en la extraordinaria pluma de Martín Luis Guzmán un biógrafo a la altura de su figura, pero los demás aguardan con paciencia, unos en la Rotonda, otros en el Monumento de la Revolución, algún biógrafo que les libre de los sobados adjetivos con que los regalan en cada aniversario los oradores conmemorativos y revele con mejores razones y palabras el sentido de su vida y el mérito de su conducta.

Los hombres dotados de virtudes políticas y religiosas han sido hasta ahora los mejor tratados. De uno y otro bando las altas figuras llenan las páginas históricas con sus amenazantes grandezas y sus inocentes deseos, mas los que de ellos se ocupan no han podido en sus infinitas planas justificar lo caro que cuestan a todos los pueblos esos grandes personajes políticos. Bien dice un gran escritor que los pueblos felices no tienen historia, porque no tienen "grandes hombres". La presencia de ellos en pueblos de abundante historia se materializa en forma cuantitativa en los bronces que los representan en plazas y avenidas, en las que poco vemos a los héroes civiles, a los héroes de la caridad y el pensamiento, a los de alma pacífica, y sí, abusivamente, a aguerridos personajes de bota militar y sable en mano. Es de esperar que los modernos biógrafos penetren con más amor al espíritu de sus personajes, de tal suerte que sus biografías, como señala Fueter, sean más que edificantes, verdaderas, que sirva de modelo su firmeza y de espanto su lastimosa ruina.

Y el pueblo, ese personaje central, el más importante y el más interesado de todos los dramas históricos, víctima de los grandes hombres y el cual en ocasiones apoya con su pasión unánime aun sus más funestas resoluciones, el cual por instinto y por naturaleza es arrastrado por los más violentos y peligrosos demagogos, no ha encontrado aún a su perfecto biógrafo. Sus voces alejadas o agitadas pocas veces se dejan escuchar en las páginas de nuestros biógrafos.

Un rumoroso sonido del pueblo auténtico se percibe en la *Evolución Política del Pueblo Mexicano* de Sierra, y agitadamente en las obras consagradas a la revolución escritas más por los literatos que por los historiadores. Ni siquiera los convencidos por el materialismo histórico, interesados en la sociedad, han escrito aún la biografía del pueblo mexicano, pintado su auténtico carácter, que como afirma Croce no es otra cosa que su historia, toda su historia y nada más que su

historia. Buenos esfuerzos son los de Mancisidor, Teja Zabre y Cué Cánovas, pero aún no se ha escrito su biografía definitiva. ¡Si aún ni siquiera tenemos un sólido monumento histórico dedicado a Hidalgo o a Morelos! Hay sí numerosos trabajos que los analizan desde varios puntos de vista, mas todos esos esfuerzos deben desembocar en una obra perdurable, maciza, de una sola pieza. No digo incommovible porque no es dable pensar, dada la historicidad que todos los testimonios arrastran consigo y la distinta circunstancia en que los autores se mueven, que pueda darse una obra definitiva, que ya no admita modificación ninguna; sino que solamente se trata de construir a base del rico material existente una biografía a la altura de esos héroes, pues esos personajes son, como dijera López Velarde de Cuauhtémoc, también héroes a la altura del arte.

Es de esperar que nuestros historiadores, que saben desprender la verdad de la ficción que la altera, en sus trabajos futuros restituyan a los hombres que merecen una biografía su integridad y sinceridad y que ese gran actor de los dramas de la historia que es el pueblo pueda encontrar un acómmodo más perfecto, más íntegro en sus trabajos.

IV

La Literatura Histórica Indígena

Vasta, diversa, rica, fue la literatura histórica de los pueblos precolombinos, al grado de que su mejor conocedor, el Dr. Garibay, ha llegado a afirmar que “no cede en valor documental a ninguna de las conocidas en la cultura universal”.

El mismo sabio nahuatlato reconoce que su riqueza se contiene en tres tipos diferentes de documentos, a saber: en los *Libros de los Años*, también llamados *Anales* que proporcionan la noticia escueta, una breve descripción del acontecimiento; en las *Sagas o Relatos* de orden histórico, con una ligera dosis de fantasía, que se recitaban en las escuelas y los cuales representan la mayor parte de la documentación histórica nahuatl; y finalmente, los *Cantares*, “vehículos de rememoración del pasado en herencia al porvenir y en los que el indígena unía la memoria de los hechos con una rudimentaria poesía de adorno”. Estos cantares, cuyo estilo sobrevivió

a la Conquista, al mezclarse con el romance español produjeron manifestaciones de fabulosa riqueza.

Dentro de estas tres formas, transmitidas oralmente y por medio de ciertas pinturas y caracteres, los indígenas conservaban memoria del pasado. La cultura europea las recogió a través del alfabeto en los años posteriores a la Conquista, habiendo muchas de sus manifestaciones, tal vez las más valiosas, desaparecido. Las que nos quedan paciente y cuidadosamente analizadas por los críticos son suficientes para apreciar su grandeza y valor.

Menciona Garibay apoyándose en Ixtlixochitl que los indios conservaban por medio de pinturas y caracteres su historia, sus genealogías, leyes, ritos y creencias, el testimonio de sus tierras, su saber médico y científico, de todo lo cual, sólo mínima parte conocemos.

A más de la literatura propiamente histórica, los pueblos mesoamericanos tuvieron una poesía —ésta aparece siempre antes que la prosa— muy variada, que en sus orígenes acompañó a la música y la danza. En su poesía, principalmente la que deriva del mundo nahua, bien sea ésta lírica, religiosa o épica, pero fundamentalmente en estas dos últimas expresiones, quedó encerrada una rica tradición —mezcla del olvido y de la memoria— que explicaba sus remotos y nebulosos orígenes, sus concepciones del mundo y de la naturaleza, sus creencias religiosas. Amplia producción en prosa también consigna esas eternas preguntas del hombre, a menudo en forma transparente y cabal, obscura e incompleta en otras veces, “como bosque o arcabuco breñoso”, que dijera Sahagún. En esas obras, el mundo indígena también transmitía de generación en generación, oralmente y con la ayuda de sus pinturas, sus conceptos del universo, su visión del cosmos, los mitos que explicaban la conducta de sus divinidades y también la leyenda en que se envolvían los hechos de los primitivos grupos, de las incipientes comunidades cuyas virtudes o defectos encarnaban en un hombre legendario corporalizado, heroificado. Fueron en muchas ocasiones los hechos sociales, aquellos que importaban a la colectividad, los registrados. Algún remoto descubrimiento como el del fuego, alguna hecatombe, como las narradas en los poemas de los soles o edades cosmológicas, el impreciso, por lejano, tiempo de asentamiento en un sitio determinado, y también otros más cercanos como la sujeción a la servidumbre, la derrota o la victoria, era lo que la prosa y la poesía religiosa y épica registraban. En el ma-

nuscrito conocido como *Leyenda de los Soles*, en el que se encuentra el más hermoso poema mitológico de la antigua cultura; en diversos fragmentos de los *Anales de Cuauhtlán* y del *Códice Florentino*, podemos encontrar esas manifestaciones que forman el fondo cultural de los pueblos nahoas.

La civilización maya por su parte, a través del *Popol Vuh*, que se ocupa de los orígenes cósmicos del hombre creado varias veces por los dioses; de las heroicas hazañas de Hunahpu e Ixbalanqué; de varias narraciones míticas, algunas de gran belleza como la de la princesa Ixquic, así como de hacer una relación de los señores quichés, su origen y sus valerosas acciones, nos ha dejado un testimonio incomparable de su cultura, como también lo proporcionan los dieciocho libros de *Chilam-Balam*, de los cuales los más conocidos son el de Chumayel, el de Tizimin y el de Maní. En estos, junto con amplios trozos esotéricos de carácter religioso y adivinatorio, hay prolijas relaciones cronológicas e históricas perfectamente definidas.

Otros pueblos prehispánicos nos legaron también ricas manifestaciones. El pueblo Otomí, preciosos poemas; los de Oaxaca en varios códices una abundosa manifestación de sus dinastías señoriales, estudiadas sapientemente por Alfonso Caso, y, también de su cosmología y conocimientos astronómicos. Los tarascos, si bien legaron algunas manifestaciones pictóricas de carácter histórico como el *Lienzo de Jucutácato* y el *Códice de Carapan* o *Plancarte*, ninguno tiene el valor de la llamada *Relación de Michoacán*, en la cual sapientes concedores indígenas consignaron en el alfabeto de los europeos su viejo saber, sus añosas costumbres, sus gentílicos ritos, todo cuanto incitó la curiosidad y ambición de los conquistadores.

La literatura, la tradición manifestada a través de singulares caracteres que los famosos tlailotlaque de ascendencia tolteca expresaron en sus signos y la cual se formó gracias al principio de acumulación cultural que los viejos pueblos mesoamericanos cumplieron sobradamente, repetimos, sólo en mínima parte nos ha llegado, y eso en virtud del generoso esfuerzo alfabetizador y recopilador realizado por diversos religiosos a partir de 1524.

Muchos de esos testimonios nos son conocidos. Otros permanecen ignorados para los más, debido a que no se han hecho las traducciones necesarias ni estudios críticos indispensables. Los esfuerzos de Angel María Garibay, Miguel León Portilla y el grupo de amantes de la cultura aborigen reuni-

dos en torno del Seminario de Cultura Nahuatl nos han proporcionado en los últimos tiempos primorosos aportes, mas aún queda mucho campo por trabajar, mies abundosa a cosechar.

Pese al "trauma" de la Conquista, la literatura nahuatl no se detuvo, continuó una vez sosegada la espada y la rodela manifestándose al igual que otras formas de cultura. La poesía, señala Garibay, se mantiene y evoluciona. "Si los pensamientos, las direcciones y algunas modalidades de expresión son nuevos, el sistema general, la estilística, la métrica misma, persisten idénticos." No se canta ya a los viejos dioses del trueno y de la guerra, sino a Jesús Niño, a María la Virgen, al pesebre de Belén. El drama, rudimentario en el mundo nahuatl, se enriquece al introducir en él influencias europeas más vigorosas. La literatura didáctica se mantiene; la moral y la religión acrecentaron el campo, pues aprovechóse cuanto valor ético y de fusión social tenían las antiguas pláticas contenidas en los *Huehuetlatolli* incorporándose los principios cristianos con los que con aquéllos coincidían. La historia prosiguió su desarrollo, influida extraordinariamente por las formas indígenas, pese al dominio que de las clásicas de Tucídides, de Tácito, de Plinio, tenían los misioneros que fueron los continuadores de la historia indígena.

Esta labor de preservación fue hecha por obra del espíritu de los religiosos, franciscanos principalmente y dominicos, influidos por la tendencia humanista de recibir y conservar la cultura de todos los hombres en cuanto no chocara con el dogma o la moral. Su amor a ellos como hermanos reencontrados, les "hizo inclinarse a los indios y amar todo lo de ellos, porque los amaban a ellos".

Los misioneros, al recoger de sus informantes, más numerosos los que procedían de las áreas marginales menos adelantadas e importantes que los auténticos mantenedores de la sabiduría indígena que desaparecieron con la Conquista, sufrieron la influencia de la cultura nahuatl, de la rica y acendrada tradición histórica y así sus obras se adaptaron en parte a los moldes de los *Anales* y se enriquecieron con preciosas sagas.

Este proceso de imitación, de seguimiento, revela a las claras la fuerza de la literatura y de la tradición aborígena, mas el seguimiento de los patrones indígenas no es tal que no permita observar en las obras de los escritores de ese momento la peculiar individualidad artística, el genio personal que se expresa en forma siempre diversa. Hay en la obra de Sahagún y de sus compañeros algo muy propio, revelador de la prosa

literaria indígena, pese a su rico fondo derivado de su ciza formación clásica que fue la que le permitió realizar su obra bajo un vasto y perfecto programa. En el fondo puede, sin embargo, advertirse una estrecha unión del alma indígena y la hispana, una marcada inclinación a lo indio que hace que sus obras adquieran “la tremenda emoción de los antiguos poemas históricos”.

A partir de Olmos, quien desde el año de su arribo a México en 1528 recoge las noticias de las antigüedades de los indios y reúne posteriormente en un intento organizado en 1533, dispuesto por Ramírez de Fuenleal, para “que de ello hubiese alguna memoria y lo malo y fuera de tino se pudiese refutar y si algo bueno se hallase se pudiese notar, como se notan y tienen en memoria muchas cosas de otros gentiles”, comienza el interés por la literatura indígena, por su vieja historia. La obra de Olmos, dispersa en su mayor parte, pero recogida en algunos de sus fragmentos por Las Casas en su *Apologética Historia*, sentó las bases sobre las que habrá de continuar Fray Bernardino de Sahagún, para redactar conforme un plan altamente científico y moderno su prodigiosa obra consagrada al estudio de la cultura indígena y de sus aspectos humanos. Junto con él secundarán y proseguirán su labor Fray Toribio de Benavente “Motolinía”; el mestizo Fray Diego Valadés, el oidor Alonso de Zurita, el dominico Fray Diego Durán y el Padre Juan de Tovar.

A su vera los indígenas, aquellos a quienes restaba memoria de su antigua cultura y quienes de los primeros frailes habían aprendido el alfabeto, preservaron su viejo saber en su idioma materno. Entre 1524 y 1530 explicaron varios códices y anales históricos habiéndonos dejado los *Anales de Tlatelolco* o *Anales Históricos de la Nación Mexicana*. Años más tarde aparecerán los *Anales de Cuauhtlán* (1570), la *Historia Tolteca Chichimeca* y otras más reveladoras del ansia inmortal de preservación histórica.

Con posterioridad, el Padre José de Acosta, en su *Historia Natural de las Indias*, concede a la historia y la cultura mexicana varios de sus capítulos en los que se filtra su renacentista sentido, y Antonio Vázquez de Espinosa hace lo propio en su *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*. Fray Juan de Torquemada intenta, basado en los anteriores, en monumental esfuerzo, hacer la síntesis del pasado indígena. Incorpora piezas históricas desaparecidas y con la tendencia a

hacer una historia de todos los pueblos y tiempos de la Nueva España, al fenecer el siglo XVI, dejó una obra sólida y rica.

Los historiadores conscientemente mestizos como Zapata, Ixtlilxochitl, Muñoz Camargo —Valadés lo fue sólo biológicamente, pero en lo espiritual, europeo— construyen preciosas síntesis de la historia antigua, a base del empleo de numerosos documentos, pinturas, anales, cantos y relatos de viejos que conservaban con cariño su pasado. Zapata y Muñoz Camargo dejan valiosas historias de su natal Tlaxcala; Ixtlilxochitl, de la grandeza de los chichimecas. Otros, indios como Chimalpahin, a la manera de los *Anales* escribe sus *Relaciones* y su *Diario*, que es una continuación de la “Visión de los Vencidos”, mas ya no del momento de la Conquista, de la lucha armada, sino de los horrores de la dominación, más dolorosos por continuos. Tezozómoc, en su *Crónica Mexicana* (1598) escrita en castellano, en el lenguaje de los conquistadores, y en la *Crónica Mexicayotl* (1609) redactada en nahuatl, en la que incorpora valiosísima información, como dice Orozco y Berra, mencionado por Garibay, que es aquí nuestro Virgilio, “presenta la leyenda en su prístina sencillez; tiene el sabor de esas relaciones conservadas desde tiempos remotos por los pueblos salvajes, transmitidas de generación en generación con ciertos visos de lo prodigioso y de lo fantástico...”

Los historiadores mestizos e indios del siglo XVI y XVII, pero principalmente los mestizos, presentan por otra parte algunos elementos importantes que los distinguen. Si ellos tratan de sumarse a la universal historia, a la cultura occidental, lo hacen porque están plenamente conscientes de su valor, de la autenticidad de su voz, de su propia fuerza. Se sienten orgullosos de su doble estirpe, no la desdennan. Aman a la madre, pero quieren igualar o superar las paternas hazañas. Hincados hondamente en la tierra de sus antepasados la consideran como propia, como peculiar pertenencia. No son ellos extraños, sino auténticos herederos de ella y de sus glorias. Estos autores comenzarán a considerarse pertenecientes a la mexicana nación, no a una tribu, ni a un pequeño reinado, sino a un conjunto de reinos hermanados por obra de la incorporación a España y a la civilización europea, como integrantes de una unidad indestructible, que les enorgullece y eleva.

Por otra parte la necesidad de defender algo que consideran suyo, tan de ellos o más que de los criollos, frente a la disputa que de sus bienes y derechos los recién llegados españoles les hacían, extrema su posición. De esas circunstancias surgirá en

ellos un nacionalismo que se advierte a lo largo de sus obras, de una manera principalísima en Tezozómoc.

Su finalidad podría explicarse además no sólo por el deseo de perpetuar su pasado, sino por la acción arrebatada de la cultura —no siempre la más fuerte es la más superior— que era la europea. Ellos desearon asimilar su historia a la Historia Universal, pero sin perder todos sus valores, recreando de su cultura sólo lo más importante, y abandonando lo menos deseable, pero, eso sí, dentro del marco de la civilización y de la historia occidental. En ese afán de incorporación al medio europeo, al panorama universal de la historia, adelantábase a Sigüenza y Góngora.

Los esfuerzos por sumarse a la historia universal, el desarrollo de la vida espiritual cristiana y europea que este grupo hace, continuando las especulaciones de Las Casas, de Acosta y de otros escritores anteriores que se preguntaron acerca del origen del hombre americano, van a encontrar un postrer y fructífero resultado en los historiadores del siglo XVIII, Boturini, y Veytia, que tratan de entroncar, por vías no siempre científicamente atinadas, a las culturas americanas con las del Viejo Mundo; a los pueblos aborígenes con las ramas humanas señaladas en los textos bíblicos, y a la cronología americana con la del Viejo Mundo.

La literatura indígena, la de los indios puros, no cesa de escribirse, se continúa después de la Conquista, como hemos visto. Si en el altiplano produce las obras señaladas, en el sur-este, en las tierras mayas prosigue su elaboración. Al parejo de los trozos recogidos certeramente por Miguel León Portilla, del *Códice Florentino* y de otras fuentes, en su *Visión de los Vencidos*, y de las páginas posteriores de Chimalpahin, los indios de aquellos pueblos producirán el *Chilam-Ba'am* de *Cal-kini*, que relata la resistencia ofrecida a las armas españolas al igual que lo hacen las páginas del de *Chumayel* y, una vez agotada toda resistencia, tenemos la preciosa Crónica de *Chak Kulub Chen* y el memorial de *Tecpan Atitlán* o *Anales de los Cakchiqueles*, revelador éste de las depredaciones de Pedro de Alvarado, el rubio e ibero Tonatiuh.

Tronchada la cultura aborígen por obra de la Conquista y la dominación, impuestas formas diferentes de vida y de pensamiento, desaparecido el sentido de su expresión, la literatura indígena no pudo subsistir más allá del siglo XVIII. A más del abandono en que fueron cayendo las lenguas indígenas, intensificóse por razones político-culturales la castellanización del

país. Sin cohesión, sin estímulo, como observa Garibay, “los indios no pudieron conservar su lengua y mantener los moldes de su muerta cultura. Dejó de ser una cultura en forma, dejó de ser una literatura viviente y pasó al subsuelo de la vida literaria. Se mantuvo y se mantiene en las formas populares. Es ya un terreno que el folklore ha hecho suyo”.

V

La prosecución de la Historia Antigua

Si bien con la decadencia que señala tan atinadamente el P. Garibay, cesa la literatura náhuatl, en nuestro caso la histórica, de manifestarse, de expresarse por las voces auténticas de los indígenas, su cultivo continuará. Pasa el fuego sacro a otras manos, criollas y europeas, quienes van a mantenerlo con esmero y a reiniciar el relato. A base del interés y de los fondos de Sigüenza y Góngora, quien en el siglo XVII, supo intuir el valor de la historia antigua de México y de sus fuentes, las que hizo conservar en “arcones de cedro de la Habana” para que no se dañaran, el siglo XVIII intentará a base de las fuentes escritas y no más de la tradición, interpretar el pasado de los pueblos precolombinos. Los hombres que de ese aspecto se ocupan son muchos; los más destacados son aquellos a quienes nos referimos en seguida.

Lorenzo Boturini es el redescubridor de la historia antigua del altiplano, olvidada en parte desde Sigüenza. Buena parte de su labor fue de acopio, de recolección de las fuentes que podían servirle para elaborar una historia madura y realmente fundamentada, la cual no pudo realizar.

Las ideas básicas en que giró su obra fueron tres, la mitología, la cronología y el origen de los indios; las dos primeras le servirían para fundamentar la última. Utilizó como sistema el propugnado por Juan Bautista Vico en la *Ciencia Nueva*, señalando con precisión las diversas etapas o edades del desarrollo histórico, esto es, la de los dioses, la de los héroes y la de los hombres.

La adversa suerte que corrió por su calidad de extranjero, por pretender realizar una ceremonia religiosa de gran trascendencia —la coronación de la Virgen de Guadalupe— sin los reales permisos, y la desconfianza acerca de su verdadero credo político, le impidió cristalizar sus originales ideas y ma-

terializar una verdadera historia antigua de México. No obstante que guardó con reserva su simpatía por los pueblos aborígenes, el proceso que se le abrió revela que su obra fue evitada, pese a que alaba la Conquista, como lo fue antes la de Sahagún, por "la extrema simpatía que manifestaba a los indígenas, la cual podía servir para emular a los criollos". Su *Idea de una nueva historia de la América Septentrional*, pese a sus naturales deficiencias es obra importante. De sus esfuerzos arrancarán los posteriores de Mariano Fernández de Echeverría y Veytia y de Antonio de León y Gama en los campos de la lingüística y la cronología.

Veytia, amigo de Boturini, alejado como éste de las formas históricas indígenas, elabora en el siglo XVIII la más amplia historia dentro de un estilo tradicional.

Su obra, aun cuando trata de ser una historia general del México antiguo, se ocupa de preferencia de la historia chichimeca texcocana incorporada dentro de la tradición histórica europea. Enamorado de la forma, de la grandeza histórica de la antigüedad indígena, tiende a demostrar la existencia de hombres extraordinarios en el pasado mexicano, de un ciclo de héroes de los cuales se ocupa, mas no al modo de los modelos grecolatinos, de Plutarco o Suetonio, sino rodeados de un ambiente barroco y de formas de expresión y actuación muy teatral. Sin embargo su trabajo después de Torquemada es el más grande intento de explicación del pasado indígena, y sin ser original ni en su fondo ni en su forma, en unión del de Clavijero representa el aporte más grande del siglo XVIII a la historia precolombina.

Preocupado por el pasado aborígen en esta centuria se cuenta también a Eguiara y Eguren, quien a través de un dominio casi completo de la bibliografía, revela a los atónitos ojos de los criollos la fuerza y esplendor de su cultura, las firmes bases intelectuales que la sustentan entre las cuales contaban sobremanera las procedentes del pasado indígena. Si Eguiara y Eguren arranca del pasado prehispánico para legitimar la cultura mexicana, Granados y Gálvez, otro autor dieciochesco, con un sentido político, disfrazado de distracción erudita y agradable, en sus elegantes *Tardes Americanas* hará la defensa del indio, a base de unas disquisiciones en torno de la historia precolombina.

No tal vez, sino ciertamente, la obra más consistente del siglo XVIII relativa a la historia antigua es la del Padre Francisco Javier Clavijero, la *Historia Antigua de México*. La in-

fluencia de esta obra en la historiografía mexicana es enorme, como lo han sido sus implicaciones políticas al actualizar y dar perpetua vigencia al tema de la defensa de los americanos, indios y criollos. Su *Historia*, que representa la tradición tenochca, es una historia moderna sin disquisiciones morales, políticas o religiosas, y en ella nos da una nítida idea de la grandeza de la civilización mexicana, exenta de los errores y fantasías de sus predecesores, civilización a la que valora y enaltece para demostrar a los calumniadores de América, Paw, Raynal, etc., la falsedad de sus imputaciones. La *Historia Antigua* es una de las obras más brillantes de la literatura mexicana por su precisión, limpieza, soltura en el narrar y hermosura formal. Alejada de los criterios simplistas rechaza la interpretación diabólica de la historia precortesiana que quería ver a través de la lucha entablada entre Dios y Satanás la explicación del pasado indígena. La defensa del indio, al que cree dotado de valiosas cualidades y sólo contaminado con los vicios de los españoles y rebajado por el mal trato recibido, es su principal preocupación. Subrayó como Palafox las virtudes del indio y su defensa marca el grado a que llegó la polémica americanista en esa centuria, la cual sirvió para que los criollos cobraran plena conciencia de su clase. El nacionalismo que emana de su obra se patentiza en todo instante y ese nacionalismo, sustentado en una singular patria y exagerado por razones de la hora, va a servir más tarde a Carlos María de Bustamante, no autor, pero sí editor y comentarista de obras de historia antigua, y a otros nacionalistas exaltados como Rodríguez Puebla.

Traspuesto el siglo XIX, y obtenida ya la libertad política, una vez que la historia dejó de ser examen del pasado y del presente, penetrante reflexión de un ayer y un porvenir, como lo fue la de la Independencia, el interés por la historia antigua de México volvió a resurgir. Es Manuel Orozco y Berra el más distinguido entre todos los historiadores de aquel período en el siglo pasado. Hombre que a veces carecía de pan y tenía tiempo y otras en que tenía pan pero le faltaba el tiempo, pudo, pese a ese gran dilema —que hoy tanto preocupa a Agustín Yáñez como Secretario de Educación Pública— aplicarse a la ímproba tarea de redactar una *Historia Antigua de México* en la que utilizó con un cuidadoso e inteligente criterio los mejores métodos, las fuentes más precisas y variadas, los conocimientos válidos para su época.

Reflexión y erudición se dan la mano en la Historia de

Orozco y Berra. No es la suya obra vana, sino fecunda, recia. Supo, pese a algunas fallas de estimación que en cualquiera ocurren, valorar las culturas autóctonas y también subrayar el valor de la lucha titánica, espléndida, de castellanos y aztecas, dos fuerzas potentísimas en pugna. Iberos y mexicas, grandiosos ambos, chocaron en atroz combate. Unos no eran más valerosos que los otros, ni sus ideales eran menos fuertes. Si la técnica europea se impuso auxiliada por las preocupaciones psicológicas de los mexicas, esto no ocurrió sin que los españoles quedaran bien seguros de la alta condición humana de los indios. El brutal contacto entre las dos razas está en Orozco y Berra magistralmente descrito.

Después de él, otros cultores más, dentro de campos más cerrados, seguirán trabajando en la Historia Antigua, como lo hicieron Pimentel que clasificó las lenguas aborígenes; Peña-fiel y Chavero que se mueven en un ambiente que empieza a estudiar con serias bases la arqueología, y el mayor de todos en visión, don Francisco del Paso y Troncoso, a quien no le alcanzó la vida para llevar a buen término su ambicioso, por perfecto, plan de elaborar una historia antigua integral a base de profundas investigaciones arqueológicas, lingüísticas, etnográficas e históricas. Los estudios que dejó señalan su alta calidad científica y su genio de historiador. Si Paso y Troncoso hubiera vivido en los medios históricos de Europa y contado con un equipo al estilo de los alemanes, hubiera dejado una obra comparable a la *Monumenta Germaniae Historica*, pero Paso y Troncoso trabajó solo, envidiado por los eternos malquerientes.

Eligio Ancona y Crescencio Carrillo y Ancona, así como Juan Francisco Molina Solís, en la península yucateca, prosiguieron el cultivo de la historia del pueblo maya que con tan buen pie iniciaran Landa y más tarde Cogolludo.

Nuestra centuria recogió los esfuerzos de sus antecesores, pero con nuevas bases. La Revolución de 1910 despertó el interés, más que por la historia antigua, por el indio. Los ideales de reivindicación social que postuló para sacar a los indígenas del estado de postración en que se encontraban sumidos, la participación de grandes núcleos de campesinos, muchos de ellos indígenas, creó en un grupo de hombres de amplia visión, interesados vivamente en los problemas sociales, la conciencia de emprender estudios especiales destinados a mejorar la suerte de aquellos amplios grupos. A base de la aplicación de métodos sociológicos y antropológicos, Andrés Molina Enrí-

quez, primero, y más tarde Manuel Gamio, emprendieron el estudio de las necesidades de las comunidades indígenas, con el fin de mejorarlas, e irrumpieron naturalmente en el campo de la Historia. Gamio, a más de realizar un trabajo antropológico modelo en su género acerca de la población del Valle de Teotihuacan, esbozó un programa de acción indigenista que completado con los requerimientos y posibilidades actuales se ha continuado hasta nuestros días. Su continuador es Alfonso Caso, salido de la rígida especulación filosófica y jurídica, mas quien gracias a su penetrante inteligencia y dedicación es sin duda el arqueólogo más destacado de América y uno de los mejores conocedores de la historia antigua de México.

Al lado de don Alfonso han brillado Enrique Juan Palacios, de inquietudes enciclopédicas, y estimado conocedor de la cronología maya, y Miguel Otón de Mendizábal, preocupado tanto por el ayer del indio como de su realidad actual, quien escribió algunos de los trabajos más sugestivos a él relativos. Wigberto Jiménez Moreno, dotado del mismo espíritu ambicioso de Troncoso y de un sexto sentido que le permite captar de las fuentes escondidas verdades, conoce como pocos la historia mexicana prehispánica y muchas otras más. ¡Quiera Clío y los hados permitirle pueda redactar todo cuanto sabe! Angel María Garibay, por la vía de las letras, penetró en el mundo indígena. Domina con sigular maestría lenguas y fuentes y a través de la belleza ha sabido captar el espíritu de los antiguos pueblos y por tanto lo mejor de su historia. A Miguel León Portilla, su dilecto discípulo, somos deudores de un excepcional estudio acerca del pensamiento nahuatl, de su reflexión filosófica y también de sus expresiones literarias. Ignacio Bernal, a la par que arqueólogo de recia formación, incursiona airoosamente en el pasado aborígen. A ellos les siguen muchos más que han dejado de ser simples albañiles, o coleccionistas, para convertirse en serios cultivadores del pretérito precolombino. Semilleros de este doble interés por la historia y los problemas indígenas son la Escuela Nacional de Antropología y los Seminarios de Cultura Nahuatl y Maya de la Universidad Nacional, así como el Instituto de Investigaciones Sociales que dirige el sociólogo Lucio Mendieta y Núñez, y la Sección de Antropología del Instituto de Investigaciones Históricas a cargo de Juan Comas. El Instituto Nacional Indigenista pone en obra los postulados revolucionarios en favor del indio y el Instituto Indigenista Interamericano coordina

la labor que en beneficio de las comunidades indias se realiza en todos los países americanos.

El indio es una realidad tangible dentro de nuestra patria y no un puro tema histórico. El conocimiento de su historia sirve en la actualidad no de especulación erudita, sino de base segura para conocer sus problemas y resolverlos. Es a través del estudio serio, de la reflexión incesante y de la ejecución honesta de las medidas que la historia y la realidad señalan, como en nuestro país el indio será no un extraño, sino un mexicano cualquiera, un hombre cuya historia debe ya ser la común a todos.

VI

Asombro y posibilidad del mundo nuevo

El interés por la geografía y la historia, esto es, por la naturaleza y el hombre viene —como en los viejos tiempos en que Herodoto se maravillaba de las tierras recorridas y de los hombres que en ellas moraban, del Nilo y de la civilización de Egipto— íntimamente unido en los primeros europeos que contemplaron el Nuevo Mundo. Sin embargo, a éstos como a aquél, importoles más el hombre que la simple naturaleza, pues al fin y al cabo es él quien subyuga a aquélla, la domina y conforma, aún cuando ella intervenga en la aparición de ciertos caracteres espirituales, de peculiares hábitos y costumbres. No deja por eso la naturaleza americana de sorprender a sus primeros descriptores, empezando por Colón, quien —“cruzando los hilos de la realidad con los del ensueño”— como admirado por sus caudalosos ríos, su salvaje floresta, su colorida y extraña zoología, creyó encontrar en ella el asiento del Paraíso. A partir de él, Vespuccio, Oviedo —que otros no lo gozaron con los ojos del cuerpo sino lo intuyeron intelectualmente con su despierta inteligencia—, y posteriormente los conquistadores, Cortés, Bernal Díaz; los religiosos, Sahagún, Motolinía y los subsecuentes, el paisaje americano en general y el mexicano en particular, fue descrito con sobriedad, aún cuando en ocasiones lo haya sido con entusiasmo y deleitante minucia como lo hace Oviedo con el de las Indias.

Los hombres, en cambio, dentro de su comunidad o aislamiento, son vistos con mayor interés. Se les pinta con asom-

brada certitud de que son seres humanos, disipando las monstruosas y fantasiosas imágenes que de los de lejanos horizontes se habían creado y se seguirían forjando con interesada y dolosa intención. El indígena aparece ante los ojos de los europeos, Colón el primero, en toda su espléndida y bella desnudez y sus costumbres, habitaciones, sustentos, sus creaciones enteras, van siendo recogidas en sabrosas descripciones, y poco a poco valoradas, incorporando muchas de ellas no sólo al patrimonio de los propios conquistadores, sino al de toda la europea civilización.

La contemplación de una extraña y fastuosa naturaleza amplificó la realidad en su asombrada descripción. La hazaña descubridora fue de tal magnitud, aun cuando los términos estuvieran equivocados en un principio, que había que engrandecerla, exagerarla, multiplicando su real valor. De ahí nacieron en las letras americanas, como tan certeramente lo ha dicho José Juan Arrom, "dos temas y una actitud que luego se han hecho constantes: el paisaje, el hombre y la hipérbole".

El reencuentro con la geografía, esta vez la de América, la de medio mundo provocó, como cada vez que ese reencuentro se da, una toma de conciencia del europeo que produjo una revolución intelectual y política. Revolución en la concepción del mundo y del hombre y revolución en la actitud ante ese mundo nuevo y los seres que lo habitaban. De la actitud política ante la nueva tierra derivará la rivalidad de intereses materiales que traspasa a campos hasta entonces no hollados la concupiscente ambición, la lucha económica del Viejo Mundo, su eterna ansia de dominio que se enseñoreará de los indios para explotarlos en su provecho, adaptando en América viejas instituciones de sujeción: esclavitud, encomienda, trabajo forzoso.

Ganados por la naturaleza americana y sobre todo por sus hombres, insignes varones movidos por un profundo sentido de cristiana fraternidad, de respeto a la dignidad de la persona, defenderán ambos elementos; a aquélla de la destrucción de que comienza a ser objeto por la ambición europea, y a éstos de la esclavitud. Si Las Casas excede sus querellas al hacer su defensa, ese hecho muestra no sólo la presencia de la hipérbole, ante el humano elemento, sino la presencia de otra tónica más en la labor de los escritores de América, su acalorada, su acendrada "defensa de la dignidad del hombre". Rica secuela deja Las Casas. A partir de él una corriente de com-

preñón, de respeto, de patético llamado hacia el dominado, el vencido, hacia el hombre despojado, se hará sentir en las letras y la historia mexicana, y producirá maravillosas páginas en las que a más de su formal y patética belleza habrá que admirar el encendido celo puesto en defensa de las causas justas, de los débiles, de los infamados. La trayectoria de esa corriente es inmensa, incesante, pues en nuestro suelo aún no desaparecen la ignominia, las desatentadas ambiciones, ni la miseria. Después de Las Casas, Motolinía, Quiroga, Gómez de Cervantes, Alegre, Abad y Queipo, Hidalgo, Juárez, y más tarde otros y otros escritores seguirán mostrando la desigualdad social y económica, el desequilibrio cultural y también la necesidad de mantener el respeto al derecho y a la libre determinación de todos los pueblos, de defender la integridad humana y la de la patria. Para todos estos, la "historia —como escribe Mario E. Salas— no es sólo la historia sino lucha y vehemencia, el debate de la libertad del hombre, impugnación de la violencia física y de la crueldad, lucha poderosa y tesonera por el derecho".

El mundo americano, ajeno a las mundanas apetencias, a los mezquinos intereses europeos, va a ser visto —por su desbordante naturaleza y pródigos frutos, por su intocada pureza, por sus creaturas exentas de malicia, sencillas, limpias, arcilla primordial con alma pura— como una nueva tierra prometida, en la que será posible la construcción de un mundo perfecto, justo y armonioso, en el que sea dable construir una sociedad más humana, libre de maldad y de los vicios ancestrales del mundo viejo.

La cristiana sociedad que pese a quince centurias no pudo edificar en Europa el reinado de Cristo, la nueva iglesia —unión de fieles hermanados por la caridad y el espíritu evangélico—, encontraría aquí su cristalización. Una utopía cristiana que añoraran tanto Las Casas, Motolinía y otros religiosos, y también una humana Utopía surgida de las inspiraciones renacentistas que humanizará la pura idea religiosa, fue la que se pretendió establecer. Bacon, Campanella, Moro, influirán en el ánimo de los constructores de América. Bien ha demostrado Silvio Zavala las influencias utópicas de Moro en Vasco de Quiroga y Zumárraga y cómo esas generosas influencias posibilitan la edificación de un México más justo y generoso. La cristiana y humanista utopía vio nacer los pueblos michoacanos, los Hospitales de Santa Fe, los intentos de la Verapaz y muchos otros ensayos que se registran en escri-

tos sin fin de los historiadores del siglo xvi. La declaración misma de nacionalidad de los indios, alcanzada con los esfuerzos de Fr. Julián Garcés, arranca de ese sentido y de la consideración de la humana dignidad de los indios americanos.

Edificación de un mundo diferente, forja de nueva sociedad, de una comunidad vasta de hombres y mujeres viviendo en condiciones de igualdad, de cristiana fraternidad, exenta de injusticia e inquietud, en disfrute de dones abundantes de los agros americanos, es lo que no sólo soñaron, sino que lucharon por convertir en realidad, muchos hombres de la centuria decimasexta.

Tan grandiosa utopía no pudo materializarse, mas si la realidad fue otra, la idea se mantuvo. Otros historiadores y actores de la historia cuyas páginas aquí se encuentran recogidas, seguirán bregando por conseguirla. Los esfuerzos por hacer de la Nueva España un país de hombres libres, patria respetada y generosa, en la que no hubiera, como escribía Morelos, más diferencia que la práctica de las virtudes y en la que la opulencia y la miseria se moderaran, representó también una utopía por la que muchos derramaron su sangre; y también un ideal, utópico a los ojos de muchos pero alcanzable, fue la lucha dispar que México sostuvo con potentes naciones en el siglo xix.

La Revolución de 1910 significó también el deseo de establecer —nueva utopía— un orden más justo, condiciones más dignas, más humanas para todos los mexicanos.

Si todos estos intentos, surgidos de un ideal a primera vista utópico —pero porque lo es, es más limpio, hermoso, humano y fraterno— no han materializado del todo, eso se debe a que ha habido en el camino poderosos obstáculos: la malignidad, el derrotismo, los insanos intereses propios y ajenos, codicia y ambición sin límites.

De la consideración de la naturaleza americana, rica y pródiga, surgirá bien aquilatada con el peso científico de un Alejandro de Humboldt, la idea, apartada desgraciadamente de la realidad, de la inagotable y caudalosa riqueza americana que sustenta los ideales independentistas. Sólo más tarde se recapacitará que es el humano esfuerzo el que hará posible obtener de la tierra el diario e indispensable sustento.

El indio, con su dócil naturaleza, va a dar, exageradas sus cualidades, un tipo de creatura perfecta, que se transforma en la literatura histórica en “el buen salvaje”. Ser idílico que se recrea principalmente en el siglo xviii, que cae en olvido ante

la tendencia igualitaria del liberalismo, pero al que reencuentra y trata de redimir la Revolución de 1910.

Asombro y posibilidad, tal ha sido la impresión que el Nuevo Mundo ha producido a todos los hombres. Los que lo gestaron, admirados de sus humanos y naturales recursos, trataron de hacer posible en él una vida mejor. Los que han descrito ese esfuerzo estuvieron, como aquéllos, conscientes de la lucha y en multitud de páginas nos han dejado huella perdurable de ella.

A quienes han escrito trozos admirables en pro de la justicia y la dignidad, se les pueden aplicar las preciosas palabras de Miguel de Unamuno: "Si el que lucha por la libertad no tiene una idea, más o menos clara, del uso que de ella ha de hacer luego, jamás será libre; ni será de veras independiente aquel pueblo cuya clase dirigente no tenga conciencia más o menos clara del valor histórico de ese pueblo, del uso que ha de hacer colectivamente, y para los grandes fines de la cultura, de esa independencia." Muchos historiadores han tenido esa conciencia y es a través de ella como el pueblo mexicano ha podido conservar su libertad. La historia ha sido la mantenedora de la conciencia social, ella ha sido el fluido vital que ha preservado la conciencia del mexicano, que le ha permitido del asombro que el goce y el temor producen ir realizando sus ideales, por muy utópicos que éstos hayan parecido.

VII

El fragor de la Conquista

La Conquista de México fue, como toda hazaña de ese tipo, violenta, pródiga en heroicidades, sangre y destrucción. Sus autores fueron gente del pueblo, con ligeras excepciones, como bien observa Fernández de Oviedo al escribir que, "en España eran las clases populares dedicadas a las artes mecánicas y a la agricultura, en fin, la gente plebeya, la que se entregaba a las armas y a su ejercicio, la que hacía de la guerra su vida". Esta clase popular que realiza la empresa conquistadora deja también el testimonio de su batallar. Los soldados transformados en cronistas, y no eruditos historiógrafos, son los que entregan a la posteridad el viviente testimonio de su epopeya. Si Cortés, el caudillo, hace una relación interesada, su rico

detalle lo envuelve en una prosa y un sentido comparable al de la *Guerra de las Galias*; y Bernal Díaz en un “estilo difícilmente superable en fuerza descriptiva y en gracia narrativa tiene el sentido del detalle preciso, para lo cual le ayuda una memoria sorprendente”. Ellos dos, como solos ejemplos, muestran en todas sus páginas “la conciencia plena de la perspectiva histórica de sus actos”. En el jefe fue su grandeza señera y destacada la que se impuso y la que se trasluce en sus cálidas páginas; pero en las de los soldados es el pueblo —soldados y capitanes—, “el pueblo mismo dotado de calidades extraordinarias y únicas, el que se revela”. No es ahí el héroe aislado la figura culminante, sino la colectividad en sí —como en los tiempos heroicos en que la leyenda dio lugar al héroe— la que realizaba gloriosas hazañas.

Entre los mejores logros de la obra de estos soldados cronistas, que manejaban la pluma con la misma destreza que la espada, debe contarse su admiración por las aptitudes guerreras de los mexicas, por sus virtudes cívicas, por la grandeza de sus realizaciones materiales. No difaman a la india naturaleza ni a los aborígenes —lo que sí harán otros escritores—, lo único que no admitió su sensibilidad fue la extraña religión y sus cruentos sacrificios, rechazo explicable si se toma en cuenta que entre los móviles profundos de la conquista estaba el de la conversión, el de la lucha contra el infiel, sino que los admiran con estupefacción. El mismo pasmo debió haber sufrido Cortés y los suyos al ver a los Embajadores de Moctezuma penetrar majestuosa, indiferentemente y sin dignarse mirar a nadie, aspirando un ramillo de flores que en las manos llevaban, que al contemplar el esplendor de la ciudad azteca, henchida de palacios, de templos, de canales, de mercados tan grandes como la Plaza Mayor de Salamanca; todo lleno de boato, de movimiento, de un mundo extraño y misterioso que dificultaba hallar palabras para describirlo.

Es la multitud de soldados cronistas, inigualable en ningún otro país, la que escribirá la gesta de la conquista. Sin erudición libresca, no obstante que “exhiben ingenua y repetidamente la poca que poseen”, llegarán a afirmar por la boca misma de Oviedo, que “no sirven de nada la elegancia del estilo y la erudición si no se ha vivido lo que se quiere relatar”. De ahí, de esa verdad insólita, partirán los ataques como bien señala nuestro llorado maestro Ramón Iglesia, del propio Oviedo a Pedro Mártir, y de Bernal Díaz a López de Gómara. Cronistas palatinos al igual que más tarde lo fuera Antonio

de Solís, quien “amparado en la maravilla de su prosa ha dado la versión clásica del relato de la Conquista”.

Es la versión ingenua de estos soldados, conscientes de su realidad de hombres y de la humana empresa que acometían, la que da realce y valor a la historiografía de la epopeya india. Mas su versión no por ingenua es menos bella. Tal vez y sin desearlo, impelidos por la violencia de su gesta, lograron que la belleza se interesara en sus hazañas, y en páginas maravilladas nos legaran en su varonil y fuerte idioma, la muestra más perfecta de la voz popular, la misma que tuvieron el manco de Lepanto y la monja de Avila. Es la voz del pueblo, separada de la tendencia culta, patrimonio de los palaciegos y oficiales cronistas, la que se dejará sentir y creará la historiografía popularista, “produciendo la flora espléndida de las crónicas de Indias, que culmina en la obra de Bernal”.

Si en la Crónica de Indias de estos soldados, de esta porción del pueblo, se revela la empresa conquistadora, las fuerzas desatadas, materiales y espirituales que la hicieron posible, la intervención del hombre en esta gesta, y se sienten hervir sus pasiones, sus odios, temores y esperanzas; si se escucha la vida que late al par que golpean espadas y macanas, piafan los corceles y silban las flechas, en la Crónica Oficial, la de un Pedro Mártir, un Herrera y un Solís, entre otros, sólo se podrá advertir, eso sí, envuelto en una forma plena de *voluptas*, esto es, de placer estético, el deseo —*utilitas*— de poner de relieve las ventajas que al Mundo Nuevo le aportó su descubrimiento, hecho por un Estado Cristiano, justo y bondadoso, hondamente preocupado por hacer de las tierras americanas sitios en los que los indios pudieran ser felices, organizados a través de las instituciones europeas y conociendo y practicando la religión verdadera para poder salvarse. Pretendieron los cronistas palatinos, a través de la belleza de su prosa, convencer, sin lograrlo, de la magnanimidad española, de su rectitud, de la alteza de su misión gobernadora.

Al lado de Bernal, otros soldados, como el bárbaro y sangriento Nuño de Guzmán y el no menos cruel Pedro de Alvarado, y también el llamado Conquistador Anónimo, dejarán sus vivientes testimonios; y ya más asentados, Fr. Francisco de Aguilar, soldado que colgó la espada y tomó la cruz y el hábito como suele ocurrir en las crisis que provocan estos movimientos, y Bernardino Vázquez de Tapia; y, en una guerra diferente, pues se hacía contra indios sin el grado de civili-

zación que los del centro de México, Gonzalo de las Casas dejará patéticos cuadros de la guerra contra los chichimecas, esos feroces personajes que ocuparán páginas enteras de los descriptores de la colonización del Norte Mexicano en el siglo XVII y XVIII, hasta llegar a Fray Vicente de Santa María, quien ante la experiencia que su ferocidad y atraso le produce, abandonará las amables concepciones del "buen salvaje" usuales en su época, para pintar en macizos aguafuertes, su rebelde carácter y sus cruentas prácticas guerreras.

VIII

Visión y acción del religioso

Después de la voz de los soldados, de los humanos y rudos actores y autores de la gesta, la voz del misionero se alza con inusitada grandeza. Doble finalidad lleva su testimonio: penetrar el insondable mundo del indígena, conocer su recóndita alma, sus conceptos del mundo y de la vida, la razón de su misterioso proceder y ya conocido, ganarlo a la cristiana fe, incorporarlo a la universal iglesia, salvar lo más precioso de él, su alma. Con diversos métodos y resultados se emprende esta labor. La más lograda y perfecta fue la de Fray Bernardino de Sahagún.

Con Olmos, pero mejor, más perfectamente con Sahagún, surge el interés etnográfico y el mejor método de investigación etnográfica. Con plena independencia científica, sin arrastrar tras sí falsas ideas y conceptos, como los que se tenían con relación a las culturas orientales derivadas de las populares concepciones científicas vigentes en la época, los misioneros, a base de estricta observación, recogen un caudal riquísimo de información sobre los pueblos americanos como nunca antes se había recogido sobre grupo alguno. La reflexión de Fueter de que antes del descubrimiento de América, la historiografía humanista europea no contenía descripciones etnográficas y que sólo a partir de 1492 comienza a tenerlas, es realmente justa, aun cuando algunos historiadores de la anti-güedad "extraños al canon humanista lo hayan hecho y sus descripciones hayan sido tomadas por algunos historiadores medievales".

La otra finalidad consistió en defender al indio del maltrato, de la injusticia de los conquistadores, de su crueldad.

Para ello empleáronse todos los recursos conocidos y válidos, desde la simple sugerencia hasta la acusación directa, cara a cara. El censor más violento y auténtico de la Conquista fue Las Casas, quien en su "prosa seca, dura, retorcida como un sarmiento, sin color, sin matices, sin sensualidad ni recuerdos" realiza, como afirma con inteligente certidumbre Salas, la obra "más profundamente positiva y constructiva a pesar de lo ortodoxo de sus principios; trascendente y perdurable a través del tiempo en su clara y definida lucha contra la violencia, la injusticia, la discriminación racial y cultural". "Defiende la ilusión más permanente y más constante de la Humanidad a través de todos los tiempos, la superación última de la cultura en las formas puras del derecho y de la justicia."

En esta doble acción, multitud de religiosos de diversas órdenes y congregaciones se hace patente. En la primera, arrancando de Olmos, podemos mencionar a Motolinía, Mendieta, Durán, Landa, Tovar, Acosta, quien en un grandioso esfuerzo analítico no hace una descripción más, sino inquiera las causas y razones de las novedades que encuentra en el mundo americano. Acosta duda, interroga y responde ante los hechos y fenómenos. Su posición es crítica, de un profundo analista y no meramente narrativa, de ahí su extraordinario valor. Junto a él aparece Torquemada, quien intenta hacer una síntesis de la obra de sus predecesores, a quienes aprovecha, pero sin estar penetrado como Acosta del mismo espíritu crítico, ni de igual preparación. En la segunda lo serán también Motolinía y Mendieta, quienes en los capítulos *Las diez plagas de los indios* y *De los daños que los españoles hacen a los indios* concentran parte de las acusaciones que podían hacerse a los conquistadores y a sus sucesores los encomenderos.

Mas pasado el primer tiempo, el de la descripción pura del indio y su defensa, los siguientes cronistas seguirán realizando esa doble labor, mas ya no independiente, sino unida, ligada a la acción de su orden. Tratarán en su mayor parte de revelar la acción civilizadora de la Iglesia y de sus diversas ramas. Así van a aparecer las crónicas especiales que historian la acción de una determinada religión: franciscana, agustina, dominica. La de Fr. Agustín de Betancourt, emparentada en más de un aspecto con la de Torquemada, es uno de los primeros casos. La cuarta parte de su *Teatro Mexicano*, o sea la *Crónica del Santo Evangelio de México*, refiérese a la misión apostólica de los franciscanos, desde su arribo. Otros hermanos de religión, Baltasar de Medina escribirá la

Crónica de la Santa Provincia de San Diego en México y Alonso de la Rea la *Crónica de la Orden de nuestro Santo Padre San Francisco, Provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán en la Nueva España*. En ellas se advierte el afán particularista, el ansia de singularización, aun cuando arranquen de un común origen y misión semejante. Su móvil no es ya la explicación plural del pasado, sino la de un pasado singular, concreto, el de una fracción religiosa encerrada dentro de los límites vastos o estrechos de una provincia. En estas obras, además de historiar la fundación y progresos de cada casa, se hará la biografía y apología de sus varones ilustres, adentrándose día tras día en el campo pleno de la hagiografía hasta llegar al exceso. En este terreno se moverán Beaumont con su *Crónica de Michoacán*; Tello con su *Crónica Miscelánea*; Dávila Padilla con su *Historia de la Provincia de Santiago*; Remesal y Jiménez con sus obras sobre Oaxaca y Chiapas, Burgoa con las de Oaxaca; Cogulludo y Cárdenas Valencia con la de Yucatán; Juan de Grijalva y Juan González de la Puente con sus crónicas agustinas y los Padres Andrés Pérez de Rivas, Francisco de Florencia, Miguel Venegas y Francisco Javier Alegre con sus particulares historias de la Compañía de Jesús en toda la Nueva España o en una de sus regiones. Por otra parte, sosegada la actividad conquistadora y lejos de ella, no la referirán sino escasamente, no tendrán que hacer su condena, sino que la verán como el medio que ellos tuvieron para penetrar a la Nueva España a realizar su labor, como el paso indispensable, forzoso, de desbrozamiento del terreno para que ellos pudiesen plantar la semilla evangélica. Aún más, algunos considerarán como un designio de la Providencia el que esa conquista hubiese ocurrido, pues de tal suerte pudo arrojarse de este mundo a Satanás y su maléfica influencia bajo cuyo reinado habían antes florecido los pueblos aborígenes.

Es indudable que no todas ellas poseen igual valor, que las concepciones históricas de sus autores fueron muy diferentes de acuerdo con su peculiar extracción y tiempo en que se escribieron, que la utilización de sus fuentes fue muy diversa, así como el aspecto formal de las mismas, mas es también cierto que el aspecto general, el tratamiento universalista se perdió. La ampliación del ámbito territorial, el descubrimiento de nuevos pueblos y su conocimiento, la diversidad de lenguas ajenas a las ya conocidas y dominadas, la falta de un interés y de unas culturas semejantes a las del centro del país

influyeron en todo. Sin embargo, es en ellas donde continúan apareciendo descripciones importantísimas acerca de ese enorme mosaico que representaba la población indígena y que antes no había podido integrarse. Sin las prolijas y amplias narraciones de los indios de Michoacán, de Sonora, Sinaloa y Nayarit, de Oaxaca, de Chiapas, de Yucatán, que esos autores nos dejaron, sería imposible intentar su estudio. Entrelazadas con cansadas descripciones acerca de la autoridad de padres y doctores de la iglesia, con minuciosas disquisiciones sobre las virtudes de los religiosos, hállanse en ellas relatos históricos de gran valor relativos al origen de determinados pueblos, sus costumbres, creencias, organización social, cultura y también amables visiones de las nuevas ciudades: México, Puebla, Zacatecas, Oaxaca, etc. Fuentes de inestimable valor para el historiador lo son también para el geógrafo, el etnógrafo y aún para los literatos. En medio de trozos de prosa llana, límpida, agradable y musical, se nos dan otros confusos e ininteligibles por su barroquismo, obscuridad y falta de *sindéresis*.

IX

Criollos, funcionarios y humanistas

Cuando los conquistadores que sobrevivieron a las flechas de los indios y a las bubas comenzaron a ver platear sus sienes, cuando tuvieron repartidos indios y tierras, edificadas casas que más parecían fortalezas que moradas, cuando se hubieron acostumbrado a la hamaca, al chocolate y al guajolote, aparecieron los primeros criollos y los mestizos a ellos asimilados. Irrumpió esta segunda generación con violento ímpetu, henchida de vanidad, de heredado orgullo, no propio, de espíritu pronto a la rebeldía, pero también indolente y blando. Jóvenes ambiciosos de imaginación ya no avasalladora como sus padres, sino fluida y suave. Graciosos, elegantes, finos y llenos de simpatía, los criollos no recibieron de sus progenitores ni el arrojo ni la capacidad de acción, lo que originó fueran postergados por los peninsulares, que continuaban llegando en busca de fortuna, la cual trataban de conseguir a toda costa, aun trabajando.

A esta generación pertenecen Juan Suárez de Peralta y Baltasar Dorantes de Carranza entre otros, quienes nos dejan un *Tratado de la caballería, de la jineta y de la brida* en el que

el primero revela cómo trataba —al igual que hoy lo hacen innúmeros jóvenes y adolescentes— de pasar el aburrimiento, y el segundo una presuntuosa relación de los méritos de sus antecesores, de las ligas familiares, en las que descansaban sus fastidiosas solicitudes de recompensas, como si el avasallar selvas, montañas y desiertos y el romperse el alma con los indios ellos lo hubieran realizado.

La generación criolla, tan bien retratada por Fernando Benítez, ha sido caracterizada en un trozo perfecto por José de la Riva Agüero, quien de sus condiciones espirituales nos dice: “El ingenio se aguzó y ganó en brillo y gracia, perdiendo en solidez; la voluntad se hizo más flexible, pero mucho menos firme y robusta. El pueblo español, tras largos intervalos de inercia, tiene períodos de fecunda actividad; y en cuanto a la resistencia tenaz, a la obstinación en la defensa, a la voluntad negativa, de no querer algo, tal vez ninguno lo aventaje. Poco de esto ha tocado en herencia al criollo. En él las impresiones son más rápidas y menos fuertes, la tenacidad estoica ha desaparecido del todo, y el repentino despertar de la voluntad está reemplazado por una sucesión continua de propósitos y entusiasmos, que, oponiéndose unos a otros, impiden la acción perseverante. La raza criolla produce, afinados y debilitados, los rasgos de su madre.”

La literatura criollista no cesa en el siglo XVI, se continúa, aun cuando en otra forma, en los años posteriores. En ocasiones muestra el descontento de ese grupo por la situación político-económica que sufre, por la discriminación en los empleos civiles y eclesiásticos de calidad y así se arrastra hasta las criollas representaciones de 1771, y los escritos de la Independencia. Muéstrase en la prosa fina, grácil de varios cronistas; en su tono suave, peculiar en un Ruiz de Alarcón dentro del campo de las letras; se perfila en la extrema sensibilidad de Sor Juana, la más espléndida voz poética del siglo XVII y en la que culmina la lírica barroca; en los trazos preciosos de Villalpando y en la capacidad científica, razonadora de Sigüenza y Góngora envuelta en retorcidos pliegues. Manifiesta un sentido nacionalista que cada día se patentiza en las descripciones de las bellas ciudades mexicanas que como setas proliferan en las soleadas campiñas novohispanas; en las narraciones de los descubrimientos y entradas en los lejanos territorios de Tejas, Nuevo México y las Filipinas realizadas por los mexicanos y, también como resultado del continuo bregar, de una constancia para pleitear los puestos, para ha-

cerse escuchar y respetar, para obtener posiciones clave en el clero, en la judicatura y luego en la milicia. A esta generación, como hemos indicado, tócale hacer el balance de la cultura y acrecentar el optimismo, como lo hicieron Bermúdez de Castro y Eguiara.

Unidos por interés a los mestizos, ellos son los líderes de sus reivindicaciones. Unense a las quejas del indio cuando el español lo maltrata, y aun cuando lo comprenden mejor no dejan de abusar de él. Van a la Independencia seguros de su causa apoyados en los indios y las castas que temen y de quienes se separan una vez obtenida la autonomía. Cuando las clases populares advienen al poder movilizadas por la acción de algunos de ellos, como Zavala, buena parte de los criollos se retraen, sienten traicionados sus ideales, dejan el poder, pues les faltó el apoyo y se lamentan de un pasado glorioso como lo hacen Alamán, Cuevas y Gómez de la Cortina. Los que vieron delante el porvenir, lo arrostran con decisión y lo hacen suyo.

La Metrópoli envió a la Nueva España para administrarla, pastorearla espiritualmente y vigilarla con las armas, numerosos funcionarios. Entre los oidores más sobresalientes cuéntase a Alonso de Zurita, con amplia experiencia judicial, cumplidor de las disposiciones reales y quien por acatar una de 1553 que pedía detallada relación acerca de los señores indios, de los tributos de los naturales y sus costumbres, se dio, auxiliado de varios religiosos y personas muy conocedoras, a la tarea de escribir una *Breve sumaria relación* de lo solicitado por el Monarca, la cual revela las costumbres, hábitos e instituciones sociales, políticas y económicas de los indios. Esta información, que muestra el interés de la Corona por las cosas de su Imperio y el cuidado que ciertas autoridades van a poner para satisfacerlo, va a ampliarse posteriormente por medio de unas instrucciones que el genio administrativo de Felipe II y sus ministros —sólo administrativo, lo cual se sigue repitiendo— envió a las Indias con el fin de determinar sus alcances geográficos, económicos y humanos. En siglos posteriores se harán nuevas *Relaciones Geográficas*, que así se llamaron estos informes, para poder estimar el grado de adelanto del Imperio, y más que eso, su capacidad tributaria, sus posibilidades de una mejor explotación económica. No hay que desdeñar, sino al contrario es de admirar, que un amplio interés por la cultura, por la historia, por el hombre ame-

ricano y todas sus manifestaciones, se revele y contenga en esas *Relaciones*.

Otro tipo de funcionarios fue el de los militares enviados a recorrer el territorio para establecer puntos de defensa contra los indios y los extranjeros, erigir puentes, construir calzadas, acueductos y casas reales, levantar censos, organizar la milicia. Estos aparecen principalmente en el siglo XVIII con las reformas administrativas que se hacen en América. Entre ellos podemos contar a Nicolás de Lafora y Pedro de Rivera, quienes nos dejaron unas concisas, pero interesantes descripciones del Norte novohispano, de sus problemas, sus campos y sus habitantes.

Compañero de viaje de uno de los funcionarios de esa época fue el religioso Fray Agustín de Morfi, quien en el diario que escribiera de su travesía por zonas de indios dejó, gracias a su extraña sensibilidad, visiones muy penetrantes de los problemas socioeconómicos del agro mexicano, antes no vistos. La descripción que de los campesinos nos hace, tiene el mismo valor para la historia socioeconómica que la dramática pintura de los mineros que hiciera un siglo antes, en el XVII, Gómez de Cervantes.

Pertinente para conocer el Norte en el siglo XVIII es la descripción del obispo Tamarón y Romeral de su vasto obispado, recorrido paso a paso. Estas descripciones de las visitas pastorales realizadas ya desde la época de Mota Padilla, son documentos de primera mano para conocer el estado general del país. El obispo Palafox, quien tuvo tiempo para escribir catorce gruesos volúmenes de obras muy diversas, establecer colegios seminarios, terminar la catedral de Puebla y hasta pelear con los jesuitas, dejó una serie de visitas pastorales plenas de interés. Después de él, sólo el beatífico mitrado Vera y Zuria en sus *Cartas a mis seminaristas* renovó esa tradición. Los obispos actuales que recorren en automóviles sus diócesis y no a pie o a caballo como aquéllos, no tienen por ello tiempo para escribir obras semejantes.

X

La Historia en el Siglo XVIII

Cruzada la época de las valerosas hazañas, definido el temperamento entre los criollos que no encuentran más salidas a sus contenidos ímpetus que la defensa de las norteñas tierras amenazadas por franceses e ingleses que empiezan a irrumpir en ellas, la entrada a tierra de indios o a las órdenes religiosas que les brindan más una carrera que un auténtico encauce vocacional, sumida Nueva España en el siglo XVII en su primera crisis económica, se desemboca en un período de desencanto que se advierte en las letras y en la realidad en el desencanto ante la vida; en la huida hacia un mundo teocéntrico, a la vida religiosa; es la época de los santos, de los mártires criollos, de San Felipe de Jesús. Las letras en esta decimoséptima centuria, como señala Arrom, “se canalizan hacia el estilo, prefiriendo la complejidad a la sencillez, la tensión a la armonía, lo difícil a lo transparente”. Sus autores, en lugar de relatar experiencias vividas, literaturizan experiencias ajenas como hace Balbuena en su *Bernardo*. La hagiografía llega a su clímax en las crónicas religiosas y sólo importan las descripciones al Norte de la Nueva España de Alonso de León y de Juan Bautista Chapa y principalmente las de Carlos Sigüenza y Góngora al Seno Mexicano y Bahía de Santa María de Galve. Del mismo Sigüenza destacan en el género histórico la *Descripción del motín ocurrido en la ciudad de México en 1692*, provocado más que por los fenómenos meteorológicos, por la ineptitud de los gobernantes, que no supieron satisfacer el hambre y la miseria del pueblo. El sentido histórico de este erudito barroco le lleva también, a base de un relato real en el que simboliza la lucha del criollo con el medio, a escribir los *Infortunios de Alonso Ramírez*, obra en la que algunos ya perciben el embrión de la novela mexicana.

La historia barroca se acomoda pues, en esta época, a todas las necesidades, y en muchos de sus expositores se advertirá un estrecho parroquianismo, una pérdida del sentimiento universalista anterior; una sujeción estrecha a la teología y a las opiniones de las autoridades —la excepción es Sigüenza—. Abundan las obras teológicas, las jurídicas, las que inquietan sobre el grado y pureza de catolicismo de los indios, conocidas como Manuales de Párrocos y las que exaltan el parto de la reina o se duelen de la muerte de un alto dignatario. Algunas

de ellas prosiguen la inquietud surgida en el siglo XVI para emparentar a los naturales con los reconocidos descendientes de Adán y Eva y por entroncar su historia dentro de la tradición bíblica que van a continuar los historiadores del siglo XVIII.

Contra muchas de esas tendencias va a reaccionar la historiografía del siglo XVIII. En esta centuria se produce aquí, como reflejo de lo ocurrido en Europa, una revolución espiritual, predecesora de una revolución política. Se reacciona contra la superstición y la concepción teológica de la historia; se impone el cultivo y uso de la razón para esclarecer a los humanos y evitar sean absurdos y malvados; se despierta la especulación política iniciando una tendencia a la reforma de las instituciones políticas y económicas y se generaliza el empleo del español en todos los escritos; se vuelve hacia el universalismo, la pluralidad, y a la vez que se continúan las tendencias humanistas, con su admiración unilateral por ciertos pueblos y formas de vida, aparece el humanitarismo, el culto de la humanidad. Sin embargo, la más grande aportación fue la creación de la filosofía de la historia, que como tan gráficamente la describe Croce, "designó la ayuda en buenas admoniciones y preceptos que se podía obtener de la historia cuando se la investigaba sin prejuicios, esto es, con el único *prejuicio* de la Razón".

Los historiadores mexicanos que en esta centuria florecen, presentan, sino todos estos rasgos a la vez, sí unos y otros. Villaseñor y Sánchez se entrega a una labor científica que rehúsa las explicaciones teológicas. Su *Teatro Americano*, así como sus trabajos sobre logaritmos, azogues, demografía y otras cosas tan exactas, le llevaron a una explicación nítida de la realidad en la que para nada intervenían hechos sobrenaturales. Su *Teatro* vuelve a ser un intento universalista, plural, pues en él no se describe una particular región, sino la Nueva España entera, tal como era en pleno siglo XVIII, con sus ríos, lagunas, montañas, pueblos y ciudades, ranchos y productos, hombres y actividades. Eguiara, insigne bibliógrafo, siguiendo los moldes de Nicolás Antonio y aprovechando los trabajos anteriores de Bermúdez de Castro, compone con ordenación igual y en latín la *Biblioteca Mexicana* que es la *Summa* de la cultura hasta su época, destinada a mostrar la capacidad intelectual del mexicano, indio, español y criollo, a quien defiende, como hemos señalado, de la europea calumnia. Beristáin y Souza, hijo de esta época, le sigue los pasos en la bibliografía.

León y Gama redescubre la grandeza precortesiana a base de estudios cronológicos y arqueológicos. Boturini y Veytia llegan influidos por una filosofía de la historia, la de Vico, que afirma que "sólo podemos conocer aquello que hemos creado o causado; lo verdadero es lo hecho. Y lo hecho por el hombre es, precisamente, su historia". Los hechos están sujetos a leyes de desarrollo histórico en el cual hay procesos de avance y retroceso, es decir, ciclos de formas culturales que se van superando.

Los jesuitas, a quienes nos hemos referido en varias ocasiones, Alegre, Cavo, Clavijero, entre los historiadores netos, aléjanse de la interpretación milagrera de la historia y si bien en algunos momentos conservan por la fuerza de la tradición y de su estado eclesiástico algunos resquicios de sobrenaturalismo, la modernidad, la razón envuelve a sus obras. Por otra parte, ellos postulan un reformismo social, especulan sobre problemas sociopolíticos como el mestizaje, la discriminación racial y la esclavitud, lo cual combaten. A base del cultivo de sus fuentes teológicas bien meditadas y de tratados de teoría política modernos, atacan el absolutismo monárquico y sientan las bases de un sistema representativo acorde con los principios cristianos. La autoridad, señala Alegre, no procede de la fuerza física o intelectual del que gobierna, ni de una donación directa de la Divinidad o indirecta del Pontífice, sino de la voluntad del pueblo expresada a través de un pacto. Guevara y Bazoazabal, en sus *Instituciones Elementales de Filosofía*, en las que acepta el optimismo progresista de la Ilustración y proclama la autoridad de la razón frente a la de las viejas escuelas llenas de prejuicios, incita al estudio de la filosofía para poder realizar "grandes y sublimes empresas" y colocar a la Nueva España a la par que las cultas naciones europeas. Esta ansia de renovación que provoca una estela luminosa será la que prosiga bajo el patrocinio intelectual de algunos eclesiásticos seculares impregnados del espíritu de las luces, entre quienes descuella monseñor Calama, un grupo de jóvenes estudiantes de los seminarios de Michoacán y Puebla, entre los cuales sobresale Miguel Hidalgo y Costilla. Gabriel Méndez Plancarte, en luminoso estudio, ha precisado la trayectoria intelectual de Hidalgo, que a la vez que reformador político y social, lo fue intelectual.

Todos ellos por otra parte escribieron con un sentido universalista; no fue una región o un aspecto el que les ocupó, sino el país entero al cual ligaron a la cultura universal, al

desarrollo general de la civilización, si bien por razones que explican su expulsión, su alejamiento de la propia tierra, de su "patria" como diría Clavijero, de su deseo de mantener la cohesión espiritual con ella y entre el grupo. De su escondido, por cristiano, resentimiento por su exilio, surgió en ellos un sentimiento nativista, de añoranza por la historia íntegra, la indígena como hace Clavijero o la colonial preferida por Cavo; de recuerdo de los hombres y de la naturaleza como hace Landívar, que les llevó a dejar en maravillosísimas páginas la pintura más amable y cordial de su mexicana patria. Tanto en los limpios y cristalinos trozos de Clavijero como en la menos perfilada prosa de Cavo, pero principalmente en la *Rusticatio Mexicana* de Landívar, uno de los mejores poemas de la latinidad moderna según Menéndez Pelayo y el cual cierra el ciclo barroco que comenzó Balbuena, "brota —según expresión de Picón Salas— una fuente del nativismo literario y una idealización de la vida rural americana que seguirán glosando don Andrés Bello, en sus famosas silvas, pocos decenios después", y en México más tarde un Pagaza con quien se cierra el ciclo humanista, y también Manuel José Othón.

Enamorado de la cultura mexicana y defensor celoso de los naturales es Granados y Gálvez, quien reúne algunas de las características señaladas. Un tanto ajeno al tratamiento histórico general de la época es Fray Vicente de Santa María, quien sin embargo, se encuentra hondamente ligado al país, cuyos problemas conoce y trata de remediar. Santa María, dueño de un espíritu inquieto, se inclina de preferencia por la especulación política. Bentham, quien penetra a principios del siglo a la Nueva España, le hace su admirador y antes de él seguía a Barthelemy con su *Viaje del Joven Anacarsis*, ese libro lleno de elocuencia, de reflexiones políticas, mezcla de historia y de novela, y también a otros autores prohibidos o no. Santa María a la vez que pensador es ya un hombre de acción. Salta por encima de su siglo y pertenece a la generación de Fray Servando Teresa de Mier, Carlos María de Bustamante, Miguel Ramos Arizpe, ligados con Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo, Juan Pablo Vizcardo, Francisco de Miranda, Camilo Torres, Antonio Mariño y otros para quienes —señala Arrom— "la palabra es ante todo instrumento de subversión y reforma: piqueta con que socavan los viejos sillares coloniales y preparan las bases ideológicas de las futuras repúblicas".

Santa María es, como decíamos, hombre de acción y revo-

lucionario. Actúa en la conspiración de 1809 en Michoacán, únese al movimiento de Hidalgo, se adhiere a la Junta Revolucionaria de Rayón y elabora un proyecto de Constitución que llega a Chilpancingo y sirve de base a los Constituyentes de Apatzingán. Su temprana muerte en Acapulco, en 1813, le impidió proseguir su obra. Con él dejamos atrás el siglo XVIII y penetramos los agitados días de la Independencia, el fulgurante Imperio y el advenimiento republicano. Del desarrollo de la guerra insurgente y de los problemas nacionales, se ocuparán otros hombres.

XI

La Independencia

El tránsito de lo colonial a lo nacional marca la historiografía del período independiente: En ella se ponen en juego las concepciones coloniales vigentes: una normal que traduce el aspecto positivo de la Colonia, los logros no todos satisfactorios del régimen virreinal y admite la existencia de sensibles defectos políticos, económicos y sociales, en tanto que otra agudizada por la guerra misma se muestra tajante, defensiva hasta la agresión.

Los historiadores más conspicuos de este período son el dominico regiomontano Fr. Servando Teresa de Mier, el abogado oaxaqueño Carlos María de Bustamante, el estadista guanajuatense Lucas Alamán, y su paisano y doctor en Teología José María Luis Mora, y Lorenzo de Zavala, de origen yucateco.

Mier en 1811 inicia sus trabajos con el propósito de justificar la conducta de Iturrigaray en el año de 1808, mas enamorado de la libertad de su patria y ensimismado con el modelo de la política inglesa, se excede en su defensa convirtiéndose en el apologista de la Independencia. En páginas desenfadadas en las que capitaliza sabiamente sus prisiones y andanzas, justifica la Independencia en forma "original y vigorosa, llena de atisbos geniales y felices ideas". Su *Historia de las Revoluciones de la Nueva España*, tan bien estudiada por Edmundo O'Gorman, en el mejor trabajo que sobre Mier se haya escrito, tiene un alto mérito, pero es más bien un alegato, como lo son muchas de sus obras, aun sus *Memorias* en las que se revela su electrizante personalidad. Sus *Cartas*

a Juan Bautista Muñoz dentro del campo histórico le emparentan al grupo de historiadores que condenan la Conquista y combaten la idea de que América está llena de elementos adversos y negativos culturalmente. Apoya en sus escritos la tesis criolla de la independencia, rechaza la tradición hispana, el pasado colonial y acepta como corolario romántico la reinstauración del pasado precortesiano. En último término cree que la guerra de independencia es la guerra de reversión de la Conquista, idea que le reafirma la intervención de indios y mestizos en ella. Inspirado en Las Casas y en Clavijero defiende la causa de la autonomía como algo esencial, imprescindible.

Después de la Independencia, del logro absoluto de la Libertad, pensaba Mier, había que trabajar por el orden, por la organización del país, que debía continuar durante un cierto momento las formas centralistas del pasado, para pasar a constituir después una federación, una vez que las instituciones se hubieran afianzado suficientemente. Escritor infatigable, así como brillante orador, dejó numerosas obras henchidas de entusiasmo y sabrosísima prosa, en las cuales su amor por México y la Libertad se hace patente.

Carlos María de Bustamante, abogado, periodista, constituyente de 1814 y 1824 y diputado vitalicio, llena con su vida azarosa buena parte de la historia mexicana, de la que también es editor y autor. Hombre dotado de imaginación viva y ardiente, genio pronto y decidido, y una educación extremadamente religiosa, incurrió en ciertos extremos que le hacen ir del liberalismo más exaltado al reaccionarismo mayor. En ocasiones admira el pasado colonial y en otras lo ataca con pasmosa saña publicando todo cuanto podía dar una idea pésima de él. Su *Cuadro Histórico* trasluce su criterio criollo, y en él se adoban ideas de todo género, reveladoras tanto de sus actitudes políticas como de sus fuentes de inspiración e información. Dejó una obra compleja, interesante, llena de alientos patrióticos e impregnada de su fuerte personalidad. Cuando se entre a fondo en el estudio de su obra propia, así como de la de editor, que es caudalosa, se podrá comprender mejor su valor. Muchos de los retratos de sus contemporáneos que nos dejó están bañados ya de tintes románticos y la fuerza de sus convicciones no se ha podido aún desprender de la figura de los héroes ni de los acontecimientos que describe.

Lucas Alamán valora y justiprecia la obra de España en México. Cree que en la historia reside una sabiduría oculta

muy superior a toda perspicacia humana que da su fuerza y su razón de ser a la organización total del país formada inconscientemente en el curso de los siglos. La historia de México, y para ello escribió sus *Disertaciones* que explican el pasado, debía marcar a los forjadores de la República su poder de acción y el camino a seguir.

En forma fría y en tono sentencioso y razonador, hace el balance de la acción española a la que ve destruida por el vendaval de la revolución de Independencia. Acepta a ésta como irremediable y la defiende con patriótico celo, con tenaz y honesto desempeño, con visión de auténtico estadista. Su extracción conservadora no desaparece con la influencia que en él ejercieron la ilustración y la filosofía enciclopedista de tono razonador. Advierte como gobernante los peligros de la nueva nación y trata de encauzarla mostrándole lo positivo del pasado colonial y lo peligroso que resulta extraviar la senda y renegar de la historia y del destino a que se está llamado. La anarquía y el caos desatados no sólo sobre México sino en toda América después de la Independencia le angustia y desespera, y así llega a escribir añorando un ayer mejor y más tranquilo: “todo el inmenso Continente de América, caos hoy de confusión, de desorden y de miseria, se movía entonces con uniformidad, sin violencia, puede decirse, sin esfuerzo, y todo él caminaba en un orden progresivo a mejoras continuas y substanciales”. El temor que declara, acrecentado por la dolorosa experiencia de 1847, da a las páginas finales de su *Historia de México* un valor de admonición. La tragedia que con él vivieron todos los mexicanos le conduce a amargas reflexiones en las que cobra fuerza su voz que advierte, no sólo a México sino a América entera, el peligro de la hora, que amenazaba a todos de destrucción. Si en cierto modo al escribir tan amargos renglones llega a exclamar como el poeta que: “no hay mayor dolor que acordarse del tiempo feliz en la miseria”; también hay que aceptar que el recuerdo del bien perdido se convierte en acicate, y espoleado por la angustia se esfuerza por encontrar en todo instante la salvación de la Patria.

El Doctor Mora, cabeza pensante del partido del progreso, hizo la disección de la sociedad y el mundo colonial y vivió preocupado por los graves problemas de su época, que creyó emanados, sin serlo todos, de la época colonial: el despotismo político, la influencia sacerdotal y el militarismo. Pese a que fue de ideas opuestas a Alamán, coincide en algunas de sus

apreciaciones en torno a la lucha insurgente y sus hombres, y a los peligros del exterior agudizados por la anarquía, pero señala que el régimen colonial dejó, a más de aquellos, otros grandes problemas que afectan la vida social como la empleomanía, los estamentos cerrados, y propone modificaciones esenciales en la enseñanza que considera básica para el mejoramiento social. La economía del país preocupó fundamentalmente a Mora y para remediar su lamentable estado agudizado por la Independencia y las revueltas posteriores, propuso, adelantándose a los reformistas, la desamortización de los bienes eclesiásticos.

Su figura de precursor de la Reforma, de renovador auténtico, se agranda cuando se analiza el esfuerzo que realizara para promover un cambio, dentro de una sociedad cerrada a sus clamores. Su acción fue de las que conmueven a un grupo y su visión histórica, en la que se entremezcla en ocasiones pasión y juicio filosófico, es entre las de sus contemporáneos de las más valiosas.

Lorenzo de Zavala es el censor más vehemente del pasado español. Afiliado de joven al grupo sanjuanista que postulaba la repartición agraria en Yucatán y la formación de un gobierno indígena que socializara la riqueza, pasa posteriormente a profesar un agudo liberalismo con cuyas ideas fue del todo consecuente.

Enemigo del absolutismo, prendose de la virtud de instituciones norteamericanas a las que consideró causantes del progreso y engrandecimiento de aquel país. Trató de promover un cambio en el desarrollo mexicano, fortaleciendo y ampliando a la escasa burguesía mexicana y dando una intervención decidida a las clases populares en la acción política.

Admitió con claridad la resistencia al cambio y por consiguiente la necesidad de la revolución. Su admiración por los Estados Unidos le llevó a decir que su sistema institucional, que deseaba ver instaurado en México, era tan grande e importante como el descubrimiento de la imprenta, la brújula y el vapor. El liberalismo abstracto no le satisfacía, y por ello promovió una política que llevaría, según creía, a la refundición de la sociedad vieja con la nueva, de la que saldría "una nueva nación libre, digna de presentarse al mundo civilizado como el modelo de los esfuerzos que el género humano hace para los adelantos de la perfección social". Creyó ingenuamente en los postulados liberales de los norteamericanos, pero no penetró sus ocultas miras imperiales. Por ello se unió

a la causa de Texas, sacrificando a la universalidad del progreso la causa de su país, habiendo salido defraudado. Este hecho representa el final lógico de su pensamiento, que se inició negando los valores de su historia.

La historia de este período ofrece gran variedad. Algunos de sus autores son los sucesores de los viejos criollos, que en sus representaciones hacían el análisis de su sociedad y los defectos que en ella veían imputándose los todos a la Madre Patria. Sus obras impregnadas de la filosofía de la época y de las tendencias históricas ilustradas y románticas expresan opiniones de aprobación o de rechazo respecto al pasado colonial y a la guerra de Independencia. Ven el presente con penetrante mirada y lo interpretan como un funesto resultado del pasado remoto o del inmediato; reflexionan ante él y proponen medidas para lograr un futuro menos incierto. Penetrantes ensayos de sociología mexicana hecha ante una crisis, aciertan en el diagnóstico de los males mexicanos, y aun concurren en señalar las causas, pero cada uno, dotado de diferente sensibilidad, de distinta formación y sirviendo intereses muy distintos, propone soluciones y remedios diferentes.

Los unifica el deseo de libertad, de independencia, de engrandecimiento y sus escritos revelan ese anhelo. Están tocados por la pasión pese al tono razonador y filosófico que a veces adquieren. Todos, actores y testigos de la gestación de la nueva república, le ofrecieron lo mejor que tenían, trataron de formarla. De sus esfuerzos nos hablan todos sus escritos, vivos, agitados, cálidos, como la sangre que se lanza por todas las venas cuando el corazón se conmueve y no basta la inteligencia a serenarlo. Así son sus páginas, semejantes a las de la conquista: igualmente valientes y valiosas.

A todos ellos, menos les interesa describir los acontecimientos, aun cuando algunos lo hagan prolijamente, que descubrir las profundas raíces de la insurgencia, sus trascendentales consecuencias y discurrir con despierta inteligencia en el porvenir de la Patria. Les interesa el pasado en cuanto se hace futuro. El nacimiento de una nación les importa tanto como su destino. Por ello son siempre lección viva, no espejo empañado del pasado tiempo.

XII

El Siglo XIX

Después de los historiadores de la Independencia que llegan con Alamán hasta media decimonónica centuria, los amantes de Clío presentan otros intereses. Desde el punto de vista político cooperaron a la emancipación, y rompieron los vínculos con la metrópoli, mas sólo los políticos, permaneciendo los culturales, aun cuando varios de ellos prohijaron la introducción de otros modelos como el francés, a que tendía Mora con ciertas reservas, o el norteamericano como deseó Zavala. Si la cultura francesa penetró lentamente desde el siglo XVIII, en el XIX se vuelca vertiginosamente, aunque con retardo, sobre México. Alfonso Reyes, Samuel Ramos y otros escritores han señalado su influencia, decisiva en nuestro desarrollo intelectual, al grado que ni las posteriores agresiones de la nación gala a México la hicieron cesar, por el contrario, la incrementaron. De ella se calcan modas, ideas, instituciones, expresiones estéticas.

De los Estados Unidos tomaremos a su vez modelos para organizarnos, constituciones, tecnología y aun pastores protestantes para contrarrestar el peso del clero católico, a quien se despojará de varios templos para cederlos a aquéllos. Habremos de sufrir del vecino país el despojo de la mitad del territorio que teníamos en olvido, llevándose primero a Tejas y luego otros estados no menos importantes. Estas usurpaciones no se olvidarán, mantendrán bien despierta la conciencia y constituirán desde la época de Alamán y Mora, no sólo una preocupación política, sino una ocupación de nuestros historiadores. Si bien con la Guerra del 47 perdimos la mitad de la República, fue ella la que puso las bases de nuestra cohesión nacional, la que aglutinó al país en torno a la idea nacional, la que precisó nuestro sentimiento patrio y conciencia histórica. Aun cuando los juicios de todos están en contra de aquel episodio, serán los historiadores señalados como conservadores los que se distinguirán hasta un cierto momento en sus ataques al imperialismo norteamericano. La penetración americana, que lo fue también cultural, afectó los valores tradicionales heredados de España, los que se sentían como verdaderos vínculos de nuestra unidad y fuerza, y por ello el temor fue mayor. Una corriente a la vez hispanista y antiyanqui se muestra potente en nuestra historiografía. Alamán,

Roa Bárcena, Pereyra, Esquivel Obregón, Vasconcelos y Junco hasta nuestros días señalan la sucesión.

Desde un punto de vista interno, los historiadores tomaron partido en la disputa surgida respecto a la organización del país: imperio o monarquía y república; federalismo o centralismo; oligarquía tradicional o gobierno de una clase media "burguesa" —apoyada, aún demagógicamente, en el pueblo—; libre ejercicio democrático o concesión de poderes dictatoriales a un tirano; predominio de las castas militar y eclesiástica o igualitarismo político-económico. Los partidos en pugna —pronto quedaron definidas las tendencias— estuvieron conscientes de la ruina económica del país. Cuando el ensayo de diversas instituciones encaminadas a salvar al país del desastre económico fracasó por culpa de los hombres y de su irrealidad, se emplearon otros recursos; préstamos forzosos en el interior y empréstitos exteriores que acarrearón grandes males; aprovechamiento de los recursos eclesiásticos, desamortización de sus bienes, lo que provocará serias revueltas auspiciadas por el clero afectado. Todo fue ensayado en medio de la anarquía, de las luchas intestinas, de las guerras de intervención, de sus Altezas Serenísimas y de los Ciudadanos Presidentes.

El gran movimiento ideológico de ese siglo fue el de la Reforma. Con pretexto de eliminar a un caudillo temido por todos los partidos, pero siendo en el fondo una lucha destinada, si no a variar del todo la estructura socio-económica del país, sí a introducir en él una renovación ideológico-política que hiciera posible la estabilización de los principios liberales y de las instituciones de ellos surgidas; de nuevas formas de vida más libre, exenta de censuras y presiones; de una necesaria y urgente separación de los poderes eclesiásticos y civiles y una disminución de la fuerza económico-política de la Iglesia, la cual depurada de ciertos vicios debía cumplir su misión evangélica, se inició en 1854 la Guerra de Reforma, que no pudo verse terminada sino hasta que la República quedó consolidada en 1867 con la caída del Imperio de Maximiliano.

Hasta el momento en que se restauró la República, políticos e historiadores tomaron parte, quien más quien menos, en las luchas del país. Unos defendieron a unos caudillos, otros a los rivales; varios se adherieron a las causas populares, otros fueron aristocratizantes; reformistas algunos, los demás serían conservadores; imperialistas hubo varios, republicanos muchos. En ellos se observan conceptos e intereses tanto procedentes

del pasado como modernos; en algunos aspectos, sustentan unos, frente a otros, los más opuestos. La lucha ideológica que es dable observar en este período y en sus hombres, guarda paralelo con la lucha armada, al fin que ésta era consecuencia de aquélla.

Plena de dinamismo, esta época nos dejó testimonios muy valiosos. De la guerra con los Estados Unidos tenemos los de Filisola, el propio Santa Anna, Arrangoiz, Prieto, Zamacois, Roa Bárcenas; de la intervención francesa los de José María Iglesias, Juan de Dios Arias, José María Vigil, Francisco Zarco, Eduardo Ruiz, Manuel Cambre y otros más. Del movimiento de Reforma los *Apuntes* de Juárez y los escritos de Zerecero, Payno, Ignacio Ramírez; y acerca de otros personajes: Guerrero, Victoria, Santa Anna, y también de extranjeros, como Raousset de Boulbon, los de Bocanegra, Tornel y Mendivil, García Cubas. La sociedad mexicana se retrata en Mora, Gonzaga Cuevas, Miguel Lerdo de Tejada y, algunos de sus problemas más salientes, en Almonte, Sierra O'Reilly, Rivera, Rivera Cambas y Baranda. La cultura no pudo estar ausente en este período y así enriquecieron la historia con sus aportes Couto, Gómez de la Cortina, De la Rosa, Orozco y Berra, García Icazbalceta, Pimentel, Peñafiel, Chavero, Paso y Troncoso, Vicente de P. Andrade y Enrique de Olavarría y Ferrari.

Como puede advertirse, el número de los hombres que se combatieron con pluma y pistola —las espadas eran ya anticuadas— y que de esos combates dejaron constancia, es considerable cuanto es importante por su calidad. A este período y a esos hombres aplicase a perfección el juicio de Arrom, cuyo *Esquema Generacional* tanto nos ha servido y el cual dice: “Las letras, lejos de decaer en medio de tantos desórdenes y quebrantos, adquieren un vigor antes inigualado entre nosotros. Ese paradójico comportamiento, sorprendente a primera vista, se explica por la ocurrencia de dos factores que mutuamente se incluyen y refuerzan. Uno es efecto precisamente de las tormentosas circunstancias que atravesaban nuestros países. Urgidos por iguales deberes, los escritores se desdoblan en políticos y los políticos en escritores. Unos y otros aumentan el volumen de la producción literaria, le imprimen una apasionada energía y le dan una gran fuerza comunicativa. El otro factor es el arribo de una nueva y fecunda corriente literaria, hondamente consustanciada con la visión y los anhelos de esta generación: el romanticismo.”

El siglo XIX europeo ha sido denominado sin hipérbole alguna el "siglo de la historia". La abundante producción de ese género y el amplio número de grandes historiadores entonces aparecidos, fueron superiores a los de cualquier otra época. Algo semejante puede decirse de México, en donde nunca florecieron conjuntamente generaciones tan brillantes.

La participación de los mejores hombres en el esfuerzo de organizar al país, de estructurarlo, de establecer un especial sistema de gobierno, de mostrar a sus contemporáneos los errores cometidos y el sendero a seguir, produjo considerables frutos. A partir de los historiadores de la Independencia cuyos peculiares puntos de vista hemos analizado, iníciase el apogeo de la historiografía mexicana del siglo XIX. Conocemos ya las singulares preocupaciones e intereses de ese primer ciclo, hemos indicado como en algunos de ellos, en Alamán principalmente, aparece un sentido nostálgico, una "cierta ternura hacia el pasado cercano o buen tiempo viejo", que siendo ternura es también lección, práctica enseñanza, pero al lado de esa nostalgia surge, provocado por la defensa del territorio y la agresión extraña, un sentido nacionalista que atiende más al concepto amplio de nación que al restringido de Estado y que va a buscar en el doble origen, indígena e hispano, la razón de ser del mexicano, su fuerza, su raíz. Vuélcase en el pueblo ya no tan sólo como nostalgia, sino como medio de restauración, de fortalecimiento nacional el interés de los historiadores. Para unos será el ayer precolombino que hay que esclarecer con nuevos estudios, con los aportes que por entonces se realizan; para otros la civilización hispánica que trasladó a la Nueva España elementos insuperables de progreso: el alfabeto, la imprenta, la enseñanza superior y también nuevas formas de convivencia y concepciones religiosas más perfectas, pero la mayor parte conjuga ambos intereses, no desdeña el tronco común. En este sentido los historiadores mexicanos cumplen la misión que en Europa realizaban un Gioberti y un Cieskowski al desmentir los conceptos de inferioridad o senilidad que ciertos Estados vigorosos y agresivos les aplicaban, y al aumentar la confianza en sí mismos. El culto al pretérito que entonces se establece no es un culto irracional, pura imagen poética, sino urgente necesidad; no es un ansia de colocarse en el muerto pasado desarraigándose del presente, sino repensar ese pasado desde el presente para poder comprenderse, para conocerse mejor.

El deseo de comprensión permitió por otra parte que en la

historiografía mexicana se operase el fenómeno general que se dio entonces en la historiografía romántica, una búsqueda incesante de los materiales más diversos que pudieran dar alguna luz en esa indagación. Los historiadores del periodo se vuelcan sobre las bibliotecas coloniales y los viejos archivos en pos de nuevas fuentes, tanto las relativas a la historia indígena como a la colonial. Orozco y Berra, García Icazbalceta, José Fernando Ramírez entre otros, inician con extraordinario éxito esa labor. Las colecciones documentales que ellos forman o que prohijan no tienen igual. De las bibliotecas conventuales comienzan a surgir, aun cuando van a parar a las de los grandes eruditos, desconocidas crónicas, inapreciables narraciones que aquellos hombres beneméritos dan a conocer. La desaparición de las comunidades religiosas hace que pasen también a engrosar las bibliotecas públicas y los archivos, tan deseados por Mora y Alamán, sus ricos fondos y que obras que hasta entonces dormían plácidamente en un monasterio empiecen a ser divulgadas, como sucedió con las de Motolinía y Mendieta, con las cartas de numerosos religiosos y ciertos códices como el Ramírez. Conviene señalar que la primera toma de conciencia de esa necesidad la inicia Carlos María de Bustamante, editor de la obra de Bernal Díaz y de la de Sahagún entre otras.

A la labor de erudición se une la de reflexión; el ideal de Vico de fusionar filosofía y filología se cumple, aun cuando no en toda su medida. A la historiografía de este momento cabe aplicar la reflexión de Croce en el sentido de que "se establece una íntima relación entre erudición y pensamiento en la historia, que es revivificación y pensamiento del documento conservado o restaurado por la erudición, y que hasta requiere a la erudición para que se le busque y prepare".

Con este interés, no se ocupan los historiadores de esta época de sólo los acontecimientos políticos sino que se aplican al estudio del desarrollo de los valores religiosos, jurídicos, morales, artísticos, lingüísticos y económicos, y así al lado del estudio de la evolución religiosa, mostrada a través de sus grandes representantes, los misioneros de las primeras épocas, se atiende al estudio de la instrucción pública, de las letras, del establecimiento y desarrollo de la imprenta y también de la ganadería como hace Icazbalceta; al análisis de las concepciones geográficas y desenvolvimiento de las ciencias con ella relacionadas como la cartografía; al estudio del comercio y de las normas métricas y monetarias y a la investigación

de la división territorial, como lo hizo Orozco y Berra; a la averiguación de la riqueza y diversidad lingüística que trata de ordenarse y comprenderse como lo realizan De la Rosa y Pimentel; y también a revalorar las expresiones estéticas de tres siglos que dejaron de ser consideradas meras manifestaciones de la fe religiosa, para entenderse como altas expresiones de la evolución estética aquí operada, como con tanto acierto lo hizo José Bernardo Couto y más tarde Revilla. Una historia de valores surgió así otra vez y entroncó ese esfuerzo con el iniciado por Eguiara un siglo antes.

Cuando el período de crisis pasó y la República fue restaurada a base de los conceptos políticos y filosóficos en vigor, los historiadores tuvieron que explicar a través de su ideología liberal la historia mexicana sentida como un desarrollo. *México a través de los siglos* es la obra cumbre, aún no superada, del período que se inicia con el gobierno de Juárez y se continúa durante Lerdo y el régimen de Díaz.

A lo dicho en páginas anteriores, respecto a esa obra podemos agregar que en este período que va de 1867 en adelante, en que impera el lema de "libertad, orden y progreso", penetran las explicaciones que conceden mayor importancia a las ideas universales, la sociedad, la ciencia, las razas. Aplícase a la inteligencia del pretérito una nueva disciplina, la sociología que "clasificaba los hechos humanos y determinaba sus leyes de mutua dependencia, y con estas leyes proporcionaba a los relatos históricos los principios de explicación", y también penetró la estadística que tanto papel juega en diversos capítulos de *México y su evolución social*. Se buscaba a través de esos conceptos establecer una mecánica de la historia. Con ellos y el empleo de un método naturalista que utilizaba la inducción causal, y con el uso de los conceptos tomados de los anglosajones imbuidos de superioridad y de desprecio para los restantes pueblos, como eran el de raza, herencia, degeneración, clima, se llegó a exageraciones peligrosas como las de Bulnes.

La historia tal cual se muestra en *México y su evolución social*, surgida en una época de reconciliación, no va a manifestarse violentamente en contra de las instituciones tradicionalistas, como la Iglesia, como había ocurrido con los escritos de Riva Palacio. Se trata ya de una historia que muestra a base del sentido evolutivo que la contiene, un progreso, un mejoramiento, el abandono de viejas formas de ser, por muy negativas que éstas fueron, pero también va a empezar a tor-

narse, al abandonar el sentido trascendente, en una historia agnóstica.

Es poco después de la mitad del siglo cuando comienzan a aparecer los manuales de historia consagrados a la enseñanza de las nuevas generaciones, pero con el criterio del partido triunfante. Los manuales de García Cubas y de Guillermo Prieto marcan ese ideal. La historia penetra a partir de este instante en forma definitiva en la educación, invade los programas escolares y de manual en manual va siendo a la vez que maestra de la vida y consejera de prudencia, también consejera de locuras y desvaríos.

Es en la segunda mitad del siglo, tras los empeños de Orozco y Berra y de Ramírez, cuando se fortalece el interés por el pasado indígena a través de la lingüística y de la arqueología. El impulso que el Estado da a los trabajos de campo, a las grandes publicaciones cartográficas y estadísticas, se revela en los trabajos de Chavero, de Peñafiel, de García Cubas. Los sitios arqueológicos son explorados, se atiende a la formación de grandes colecciones cerámicas, a la búsqueda e interpretación de los códices y también al estudio del indio no como una mera curiosidad sino con un sentido reivindicatorio. El más severo cultor de esta tendencia es Francisco del Paso y Troncoso, quien interesado en el conocimiento científico del mundo nahoa, penetró hondamente en su historia sirviéndose de la lingüística, la arqueología y la etnografía, sin menospreciar por ello la rama hispánica. Su amplia visión le llevó a la publicación de valiosas fuentes, entre otras a la de la obra íntegra de Sahagún, que no pudo ver concluida. Nicolás León y Primo Feliciano Velázquez, aun cuando en campos más reducidos, prosiguieron los intentos de Paso y Troncoso, y también Galindo y Villa.

La biografía se enriquece con las innúmeras que escribieron Francisco Sosa, Villaseñor y Villaseñor, Genaro García, Luis González Obregón y Jesús García Gutiérrez, obra que prosiguen en nuestros días Ignacio Dávila Garibi, Eduardo Enrique Ríos, José C. Valadez, José Fuentes Mares, Echánove Trujillo, Aguayo Spencer, Trueba, Daniel Moreno.

La obra de mayor alcance en esta época es la de Justo Sierra que finaliza este ciclo. Después de ella no aparecen sino al filo de la Revolución de 1910, o después, otras de ese tipo. Muy destacados trabajos de historiadores nacidos en la segunda centuria son también los de Iglesias Calderón, Puga y Acal, Revilla, Fernández del Castillo (Sr), Rangel, Cosío,

Salado Alvarez, Peña y Reyes, Gaxiola, Carreño, Campos, Castillo Ledón, Benítez, Romero de Terreros, los hermanos Alessio Robles, Quintana, Torres, Galindo, Romero Flores, Ramírez Cabañas, Herrera Carrillo y muchos otros que se ocupan de muy diversos temas.

La "paz porfiriana", tan exhaustivamente estudiada por Daniel Cosío Villegas y su equipo, permitió una elaboración histórica importante que se centró en explicar la Guerra de Reforma y la conducta de sus dirigentes, así como de la pasada Intervención en la que Díaz participó combatiendo a los invasores. En vísperas del Centenario, se prohicieron las obras relativas a la Independencia y a sus próceres y se hizo además el balance del progreso material del país. Espíritus sensibles advirtieron sin embargo que no todo cuanto se había hecho era positivo, que el pueblo tenía hambre y sed de justicia, que era menester un cambio en la ideología, en la estructura socio-económica del país y en su organización política. La Generación del Ateneo, al combatir al positivismo filosófico, centró a base de rígida disciplina, de elevados propósitos morales, de búsqueda de los propios valores encuadrados dentro de los universales pero con un interés americano, los ideales difusos de un cambio y hace posible el advenimiento de una transformación que tendrá que hacerse con una verdadera revolución.

A muchos de los hombres nacidos en la segunda parte del siglo XIX les correspondió hacer la Revolución de 1910, o por lo menos de interpretarla. Algunos quedan sorprendidos por ella y llegan a comprender su alcance, aun cuando no hayan sido partidarios de la misma, como ocurrió con Esquivel Obregón, Rabasa, García Granados (Ricardo). Otros que fueron sus autores, o por lo menos partícipes, la justificaron, como Molina Enríquez, Carlos R. Menéndez, Luis Cabrera, Mariano Azuela, Ortiz Rubio, Obregón, Vasconcelos, Palavicini, Fabella, Guzmán, Portes Gil, Urquiza, Magaña, Sánchez Lamego, los hermanos List Arzubide, Salazar, etc.

XIII

La historia a partir de la Revolución

La Revolución de 1910, como la Independencia y la Reforma, encontró en la historia amplia expresión. Si la Inde-

pendencia destruyó los vínculos políticos con la metrópoli, la Revolución va a cambiar la estructura social y económica colonial que se había mantenido y aún agravado. Aniquiló un orden existente injusto, se preocupó por el bienestar de las clases desheredadas, su economía, cultura y modo de ser. Incorporó a la Nación su patrimonio usufructuado por extraños poderosos, trató de moderar la riqueza de unos cuantos en beneficio de la mayoría, creó instituciones de amplio beneficio social e interés a extensas capas de su población en la acción política. La Revolución, conoció excesos y crueldades y no ha podido —pese a que sigue en marcha— cumplir con todos sus postulados, mas eso no destruye su alto valor y sentido. Se ha alcanzado con ella la reincorporación de la riqueza nacional, la mejoría de núcleos obreros y campesinos y cierta democracia social, no la política. El enriquecimiento de unos cuantos no ha desaparecido del todo, ni la deshonestidad de los funcionarios, y el contraste entre pobres y ricos continúa. Sin embargo el esfuerzo por dotar de una vida mejor y más digna a toda la población, principalmente a la que se mantenía en un estado deprimente, prosigue. El nivel económico y cultural trata de elevarse y día a día se consiguen nuevas ventajas en un proceso que no puede detenerse, pues sería su ruina.

En el movimiento revolucionario participaron hombres de gran temple, de recia contextura que arrastraron consigo elementos de extracción muy diversa como fueron los grupos que actuaron en el Norte al lado de Villa, Carranza y Obregón y los que en el Sur siguieron a Zapata. El pueblo mismo tuvo una acción determinante. Jugó un papel principalísimo en la contienda y su presencia real, su voz, que no se acalla, continúa siendo escuchada, por temida. Caudillos y pueblo se revelan así de continuo en la historiografía de la Revolución; civiles y militares han encontrado acomodo en la biografía del período.

Las masas con sus reclamaciones se han hecho sentir. El esfuerzo de obreros y campesinos ha sido reconocido. Si en un principio fue Heriberto Frías quien primero pulsó los ecos del descontento campesino, el cual se muestra también en la *Mala Yerba* de Mariano Azuela y luego ya como justificante en los estudios de Magaña, Sotelo Inclán, Silva Herzog, Mancisidor y otros; las luchas de los obreros se traslucirán en las obras de Ramos Pedrueza, Salazar, List Arzubide, González Ramírez.

En este interés por los problemas económico-sociales, va

pronto a incorporarse el pensamiento socialista que interpreta a base del materialismo histórico o de una simple tendencia económica el desarrollo mexicano. Postulado por Torres Quintero, no es él sin embargo quien lo sigue. Ramos Pedrueza, List Arzubide, Salazar, Cue Cánovas, Chávez Orozco, no del todo ortodoxos, han elaborado muy sugestivos estudios. Alfonso Teja Zabre dejó, tal vez, el mejor trabajo de este género.

Los problemas externos que el país afronta en ese período, van a ser vistos por Isidro Fabela, quien manejó e historió las relaciones diplomáticas. El choque con la agresividad imperialista norteamericana fue también analizado por una pléyade de escritores conscientes del peligro que su expansión representa. En este período únense las protestas de los historiadores conservadores y de los revolucionarios, aún los más exaltados, en contra de la intervención violenta de los Estados Unidos en la política, y la economía no sólo mexicana sino hispanoamericana. Tónica constante de la historiografía a partir de la época revolucionaria va a ser el enjuiciamiento de esa conducta y la defensa del derecho de autodeterminación.

La organización política del país, las ambiciones de los partidos y sus luchas internas políticas y militares van a ser estudiadas por Obregón, Vasconcelos, Cabrera, Guzmán, Portes Gil, Ortiz Rubio, Palavicini, Urquiza, Sánchez Lamego, partícipes —importantísimos muchos de ellos— en el movimiento. En sus obras palpitan los caudillos de la Revolución y sus “partenaires” en toda su grandeza y con todas sus debilidades; bulle la pasión y la historia vuelve a recobrar el ritmo de epopeya en muchas de sus páginas.

El indio, olvidado hasta las postrimerías del porfirismo, por sus condiciones de miseria y atraso y también porque entonces se comienza a comprender su real y auténtico valor, es colocado en primer plano. El consejo de José Martí, que advirtió el problema que su situación injusta a todas luces significaba: “O se hace andar al indio, o su peso impedirá la marcha”, fue seguido por hombres muy ilustres que se interesaron por él, no como tema histórico, sino como palpitante realidad. En los días del porfiriato, Carreño, Esquivel Obregón y otros se habían ocupado de mejorar su situación, mas la Revolución es la que va a producir a Manuel Gamio, a Mendizábal, a Chávez Orozco, a Aguirre Beltrán, a Alfonso Caso, consagrados por completo a estudiarlo para mejorarlo, para incorporarlo, para convertirlo de indígena, en mexicano, en cabal goce de todas las ventajas y derechos de los ciu-

dadanos. Ellos han sido no sólo los que lo han echado a andar, sino los que han sabido comprender el inmenso trasfondo que en el indio se encierra, sus originales valores, que deben conservarse, aprovechando al mismo tiempo los aportes de la vida moderna.

Al mismo tiempo que se despertó el interés por el pasado indígena, el legado de España volvió a hacerse sentir. Unos advirtieron en él aspectos positivos: Carreño, Romero de Terreros, Herrera Carrillo, Gómez de Orozco, García Granados, Jiménez Rueda, Junco, Escalona, Chauvet, Ríos, Rojas Garduñas, De la Maza, Obregón, Aguayo Spencer; otros, en cambio, lo censuraron con violencia, Genaro García como el más característico. Varios se ocuparon de penetrar en el fondo de la organización institucional para entender la estructura socio-política de la colonia, como lo ha hecho con tanta certeza Silvio Zavala, quien ha rebuscado con finura y dedicación los hitos de nuestro desarrollo y a quien debemos estudios insuperables sobre la esclavitud, la encomienda, el trabajo, el pensamiento. Un grupo serio se ha ocupado de la historia científica como Chávez, Izquierdo, Fernández del Castillo (Jr); otro, a la bibliografía como Iguíniz, Fernández de Córdova, Millares, Quintana Gómez Daza. Del arte se tienen en primer lugar los trabajos de Manuel Toussaint, Romero de Terreros, Carrillo y Gariel y todos los discípulos del primero, Justino Fernández, De la Maza, Flores Guerrero y Toscano, habiendo estos tres últimos consagrado tanto al arte colonial como al prehispánico. En este campo incursionó con éxito Eulalia Guzmán quien divide su actividad entre la arqueología y la polémica histórica.

En el campo de la historia institucional deben señalarse también los trabajos de tipo jurídico de Esquivel Obregón, Tena Ramírez, Mendieta y Núñez, Carrancá y Trujillo, Martínez Báez, los relativos a la historia diplomática de Medina Ascencio, Cuevas Cancino, Gómez Robledo, Weckman, Flores, o a la política, como Reyes Heróles.

La historia de las ideas ha salido en estos últimos años favorecida. A partir de la toma de conciencia que la generación del Ateneo realizó, los historiadores y los filósofos se han preguntado repetidamente por la esencia del mexicano. A Vasconcelos y a Caso, y posteriormente a Samuel Ramos, debemos el gran interés que hoy tiene la historia de las ideas y la cual cultivan con entusiasmo Leopoldo Zea, Luis Villoro, Bernabé Navarro, Rafael Moreno, Abelardo Villegas y, desde

otras posiciones, Edmundo O'Gorman, Antonio Gómez Robledo y Francisco Larroyo. Ellos han realizado un notable esfuerzo por tener un panorama completo del desarrollo del espíritu en México desde sus orígenes, logrado a través de una exigente preparación, de una búsqueda constante a través de todos los sistemas. Esta labor ha sido apoyada y fomentada por José Gallegos Rocaful y José Gaos.

La historia literaria ha producido en estos años excelentes estudios. Alfonso Reyes por su capacidad, inteligencia y constancia que le llevó a ser el señor de las letras mexicanas, ha sido el patriarca de esta tendencia que ha continuado José Luis Martínez. En el campo del humanismo literario los hermanos Méndez Plancarte, Octaviano Valdés, Millares Carlo, Gómez Robledo no han tenido sucesores. De este interés arrancan las historias de la literatura en México de González Peña, de Jiménez Rueda, los trabajos de María del Carmen Millán, Ermilo Abreu Gómez, Rojas Garcidueñas, Francisco Monterde y Agustín Yáñez.

Como eco de una forma histórica literaria que alcanzó gran auge a fines del pasado siglo y principios de éste, instaurada por Ricardo Palma en sus famosas *Tradiciones Peruanas* y también como una vuelta al pasado colonial, no como escapatoria sino como toma de conciencia, surgió en México la historia tradicionalista que ya había tenido en Payno y Riva Palacio sus románticas expresiones en la pasada centuria. Los exponentes de esta tendencia —cuya fórmula el mismo Palma diera al decir: “Algo, y aun algo, de mentira y tal o cual dosis de verdad, por infinitesimal u homeopática que ella sea, muchísimo de esmero y pulimento en el lenguaje y cata la receta para escribir tradiciones”— fueron Luis González Obregón, quien en sus *Leyendas de las calles de México* y en otras más imagina un pasado que colorea con esmero. Menos exigente en la investigación auténtica que González Obregón, pero más rico en sus formas de expresión, dueño de un lenguaje en el que se advierte “muchísimo de esmero y pulimento” es Artemio de Valle-Arizpe, que nos dejó una serie de obras que, aunque desiguales, son rico aporte. Núñez y Domínguez y Genaro Estrada podrían quedar en este grupo.

La historia de costumbres, que encuentra en la obra de José Agustín de Castro *El Charro* su remoto antecedente, va a proseguir siguiendo la trayectoria de Lizardi, Payno, Arroz, Prieto, hasta llegar a Rubén M. Campos y posteriormente, más rigorizada, a Vicente de T. Mendoza.

La mujer en el desarrollo historiográfico de México comienza a tener manifestaciones sensibles. Nuestras historiadoras han desechado los consejos de Michelet, quien les recomendaba inclinarse más por el estudio de la naturaleza que cumple su epopeya en armónicos ciclos, que por la historia que va de drama en drama y que adiestra al combate, y han seguido las recomendaciones de Stendhal de consagrarse a ella, de hacer de ella una disciplina científica, la cual apoyada de la paciencia y la meticulosidad que la mujer pone en sus obras, les llevaría a alcanzar un lugar prominente. Eulalia Guzmán, arqueóloga e historiadora, se ha destacado por la pasión que pone en sus trabajos. Ida Appendini, auténtica maestra, nos dejó, pese a su caudaloso y bien rigORIZADO saber una sola obra, la *Historia Universal* de la que es coautora junto con Silvio Zavala. Josefina Muriel ha estudiado con amor la organización monástica y el esfuerzo hospitalario de la Nueva España; Delfina López ha sabido vivificar el desarrollo de una población y la organización social indígena que sobrevive en algunas comunidades; María del Carmen Velázquez, sistemática y concienzuda, nos ha regalado con importantes monografías relativas al ejército colonial, la fortaleza de Acapulco, y varias obras concernientes a la historia nacional sudamericana. En el campo de la bibliografía han descollado María Teresa Chávez Campomanes y Susana Uribe, que han escrito acerca de la historia del alfabeto y de Orozco y Berra. Ida Rodríguez Prampolini labora en el campo de la estética y María del Carmen Millán y María del Carmen Ruiz Castañeda en el de la historia literaria y el periodismo. Catalina Sierra en la historia nacional. Muchas otras más apoyan la investigación histórica desde diversos campos: bibliografía, archivonomía, formulación de guías, etc.

XIV

La Historia religiosa

El gran auge que la historia adquirió en el siglo XIX se mostró en todos los campos, aún en el de la conciencia, unida estrechamente a la religión y al desarrollo eclesiástico. Las concepciones y las prácticas religiosas de los mexicanos fueron examinadas con detenimiento por hombres como Luis Gonzaga Cuevas, el Dr. Mora y Lorenzo de Zavala partiendo de puntos

de vista opuestos. Los viajeros extranjeros acostumbrados a formas diferentes de concebir y practicar la religión advirtieron en México divergencias sensibles que les impresionaron hondamente, dejándonos de sus sensaciones valiosos y sinceros testimonios. La Iglesia, el clero mexicano, debido a la lucha que se abre contra él —por razón de su fuerza económico-política, por su apoyo a ciertas causas antinacionales, por su intervención en los asuntos civiles a que estaba acostumbrado en virtud del Real Patronato que originaba que el Estado se mezclara a su vez en los negocios eclesiásticos— fue convertido por obra de la dialéctica histórica en fuerza negativa de retroceso y, por tanto, en blanco del ataque liberal. Serenada la contienda, calmados los ánimos, consolidada la República, la Iglesia readquirió su condición de guía espiritual y prosiguió su obra, aun cuando nuevas vicisitudes en 1910 y en 1927 le hayan afligido.

A partir de la restauración de la República, la obra de la Iglesia, producto de un interés natural y de una reacción contra el anticlericalismo en juego, vuelve a ser considerada. Si en el elenco de los historiadores y escritores mexicanos, lugar prominente ocupa la gente de iglesia, por su mayor cultura y acción pública, y si muchos de ellos historiaron en el pasado su labor, en el siglo XIX y después van a sumarse a la historiografía eclesiástica seculares de gran valía: García Icazbalceta, Francisco Sosa, Alberto María Carreño, Alfonso Junco, Ignacio Dávila Garibi, José Asensio, Juan B. Iguíniz, Fernando Ocaranza, quienes analizarán su labor misional, las sucesiones episcopales, la obra bibliográfica, el esfuerzo cultural y social para mostrar los aspectos positivos y constructores de la religión e iglesia a que pertenecían.

Junto a ellos, eclesiásticos como Fortino Hipólito Vera y José María Andrade, desde las amplias trincheras de la bibliografía señalan los valiosos aportes eclesiásticos, y aun seculares, a la cultura y editan copiosas e inestimables fuentes; el obispo Plancarte se preocupa de los orígenes de las civilizaciones indígenas y de localizar el legendario Tamoanchan; otro obispo, Orozco y Jiménez, reúne y hace reunir abundante documentación sobre los obispados de Chiapas y Jalisco, y Crescencio Carrillo y Ancona estudia la cultura maya, labor que continuarán después los PP. Eucario López, Luis Medina Ascensio y Rafael Montejano y Aguinaga; el Prelado de León, Valverde y Téllez, prepara la extraordinaria *Bibliografía Filológica Mexicana*, modelo en su género y alabada por propios

y extraños, por su amplitud, rico caudal y perfección. Más tarde, otros eclesiásticos continúan mostrando, como diría Federico Ozanan "la larga y laboriosa educación que la Iglesia ha dado a los pueblos modernos" para lo cual, a través de un ambicioso programa y con el dominio de las fuentes y de las lenguas, penetran en intocados repositorios, extraen de ellos pacientemente sus noticias y tratan de explicar la historia entera de la labor de la Iglesia. De esa idea surgirá la *Historia de la Iglesia*, de Mariano Cuevas, la primera en su género y hasta ahora no igualada. En ella intentó, en valeroso y sistemático esfuerzo, mostrar la acción de la Iglesia en México desde el siglo XVI. La *Historia Eclesiástica Universal*, de Daniel Olmedo, sale de los ámbitos nacionales; pues se ocupa del desarrollo e influencia universal de la Iglesia Católica. Con ello se llega a lo que tanto anhelaba Ozanan: que la Iglesia misma, a través de sus miembros, estudiara la historia universal en toda su amplitud, la historia de las creencias religiosas en toda su profundidad.

Como reacción a los ataques anticlericales, Mariano Cuevas, uno de los investigadores más conspicuos, diligentes e interesantes, publicó su *Libertador*, que enaltece la figura de Iturbide, y la *Historia de la Nación Mexicana*, violenta narración que revela el encendido espíritu de su autor. El canónigo García Gutiérrez escribe numerosísimas obras de defensa y apología, y Fray Luis del Palacio Basave trabaja en la historia franciscana, labor que proseguirá con mejor método y más amplia visión Fidel de J. Chauvet y también el Padre Leopoldo Campos.

Autor de una *Historia de México*, ampliamente informada, objetiva y sistemática, don José Bravo Ugarte se ocupa asimismo de la historia michoacana y de la puramente eclesiástica; Luis Medina Ascencio, de la historia diplomática y de la regional; Esteban Palomera, de Fray Diego Valadés. En el campo del humanismo brillaron como astros de primera magnitud los hermanos Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte. De gran erudición, brillantez y análisis crítico, Alfonso dejó notables estudios sobre Sor Juana, la oratoria religiosa y la poesía novohispana, en tanto que Gabriel, con su penetrante síntesis, nítido estilo y amplísimo espíritu, lo mismo estudió la influencia de Horacio, que a los humanistas de la Nueva España y el perfil intelectual de Hidalgo. Su camino lo sigue Octaviano Valdés y otros eclesiásticos consagrados más a las letras que a la historia. Sergio Méndez Arceo, prelado reno-

vador, se ha ocupado de los orígenes de la Universidad de México. El Padre Zambrano desde Monterrey elabora una prodigiosa bibliografía, el P. Gómez Robledo en San Angel investiga acerca del humanismo y Angel María Garibay alterna sus explicaciones bíblicas de la Basílica de Guadalupe con el cultivo de los autores clásicos y orientales, y sobre todo con la valoración crítica de la cultura nahuatl, hasta hoy la más científica y completa que haya sido intentada. Dentro de la Compañía, el P. Miguel Ocampo historió la Misión de la Tarahumara y el P. Romero la organización de la Iglesia.

En todos los campos de la historia y de las letras encontramos hoy día a eclesiásticos y seculares católicos interesados en el estudio de la historia en todas sus formas, y principalmente de la historia eclesiástica nacional, que depuran y enaltecen. Los hay bibliógrafos y humanistas, antropólogos y sociólogos, pero todos ellos saben que la religión hecha para el hombre en el tiempo está sujeta a la ley del progreso y de la sucesión y se manifiesta sucesivamente, y que cuando Dios habló lo hizo en la lengua de los hombres y de su tiempo. De esa reflexión están todos ellos conscientes y unánimemente han hecho suyas las fórmulas de los Concilios Vaticanos, sobre todo aquella que encarece: Que la Inteligencia, la ciencia, la sabiduría crezcan y progresen grandemente para cada uno y para todos nosotros, para cada hombre y para la Iglesia entera, en la marcha de las edades y de los siglos. Por ello estudian, crean, remueven y difunden la historia de su institución y la de su patria.

Los grupos protestantes, cuya presencia data aquí ya de más de un siglo, cuentan hoy día con algunos historiadores, entre los que descuella Pedro Gringoire, seudónimo de Gonzalo Báez Camargo, quien en varias obras ha ido refiriéndose a diferentes aspectos de la historia de sus comunidades.

La masonería tampoco ha permanecido del todo quieta. Después de la breve cartilla de Ricardo Chism (1899) y del estudio de José María Mateos publicado en el periódico *La Tolerancia* y anterior a aquélla, sólo aisladamente aparecían artículos que aclaraban ciertos aspectos, dejando envuelto en un hálito de impenetrable misterio su conducta. La inteligente visión histórica de Nicolás Rangel acerca de la masonería le hizo preparar, fuera de sus filas, el más sobresaliente estudio histórico sobre sus orígenes, *La Masonería en México* (1932), que ha dado base a trabajos posteriores. Rangel entronca ese movimiento con el movimiento de las luces europeas en lo que

se aproxima a la obra penetrante de un Bernard Fay. Gibaja y Patrón, en sus *Revoluciones de México*, hará de la masonería cabeza de turco y origen de todos los males del país. Es en 1950 cuando Luis J. Zalce y Rodríguez, en dos extensos volúmenes, presenta sus *Apuntes para la Historia de la Masonería en México*, obra más amplia y, posteriormente, en los órganos oficiales de la misma se publicarán artículos que van dando luz acerca de la acción masónica. Más cerca de nosotros ha aparecido otra obra, la de Ramón Martínez Zaldúa, *La masonería en Hispanoamérica. (Su influencia decisiva en la revolución mexicana.)*

Las agrupaciones judías no cuentan con una historia propia. De sus persecuciones y logros no hay ninguna relación articulada, si bien Luis González Obregón, Nicolás Rangel, Julio Jiménez Rueda, Genaro García, Pablo Martínez del Río y otros historiadores se refirieron a ellas. José Toribio Medina, en su sólida *Historia del Tribunal de la Inquisición*, sentó las bases para un estudio más amplio. Sobre él lo han continuado, pero desde fuera, Boleslao Lewin, quien consultó los fondos documentales de México, y más recientemente Seymour B. Liebman en su libro *A Guide to Jewish References in the Mexican Colonial Era, 1521-1821*

XV

La Historia regional

El mundo prehispánico, que no gozó unidad política excepto en los momentos en que irrumpió en sus horizontes un Estado expansionista dominador de grandes y pequeños señoríos a los que sojuzgaba por la vía económica, cultural y religiosa, no tuvo una historia común. Los relatos conservados refiérense a diversas entidades, a agrupaciones particulares unidas por la razón, la lengua, la religión. Los historiadores mestizos herederos de esa tradición dejaron también historias locales: Tacuba, Tlaxcala, Tenochtitlan. La historiografía española de la época salía de los conceptos parciales, de las fragmentaciones surgidas de la Edad Media, en la que se perdió la unidad política. La atomización estatal medieval que se continuó con el Renacimiento, en el que se perdió aun la unidad religiosa, va a manifestarse en multitud de crónicas locales, muchas de ellas espléndidas por su concepción formal y su sentido, como

la de Villani y la de Maquiavelo. La unión de los Reyes Católicos, el descubrimiento del Nuevo Mundo y la constitución del Imperio Español imprimen a la historia española la unidad de que carecía. La historiografía americana de los primeros tiempos, *Décadas de Orbe Novo*, *Historia de las Indias*, *Historia Natural y Moral*, *Historia de los hechos de los Castellanos en el Nuevo Mundo*, revela ese fenómeno.

El descubrimiento y conquista de la Nueva España produce una obra singular, tanto desde el punto de vista de los soldados como de los misioneros. Poco a poco estos últimos, como ya señalamos, irán centrandó su interés en ciertos aspectos, en ciertos terrenos. Será la división de provincias eclesiásticas y territoriales la que impere y modele a la historia eclesiástica: Santo Evangelio de México, San Pedro y San Pablo de Michoacán, San Hipólito de Oaxaca, y determine los límites a historiar; y el nombre de las provincias: Nuevo Reino de León, Coahuila y Tejas, Nuevo Santander, Nueva Galicia, el que se refleje dentro de las relaciones de los nuevos descubrimientos y conquistadores, como León, Chapa y otros.

Este fraccionamiento provincial, de origen geográfico o político, si bien dejó su expresión histórica en multitud de obras reveladoras de esa división, por otra parte provocó dentro de cada zona aislada, alejada del centro, el nacimiento de un sentido regionalista en lo que actúa también la diversa procedencia de los conquistadores que operan de preferencia dentro de una zona determinada, congregados en busca de apoyo y solidaridad. Las reales semejanzas geográficas halladas en cada región y el sentimiento provincial o regionalista opera en la denominación de determinados territorios como Nueva Vizcaya, Galicia, Santander, León, Extremadura, etc.

La historia eclesiástica, al ocuparse de una provincia, de una custodia o de una casa, o al hacer la apología de un santuario determinado, reforzará el orgullo nacionalista. La importancia judicial, económica o administrativa que adquieren determinadas regiones o ciudades acrecienta ese orgullo. Las rivalidades entre unas y otras comenzarán a surgir: Saltillo y Monterrey, Puebla y México abandonan el propio elogio y zahieren al vecino. Los refranes que molestan a poblanos y regiomontanos se escuchan ya en el siglo XVIII y son reveladores de un vivo y orgulloso sentimiento provincialista. Ese sentimiento, exacerbado en ocasiones por el abandono y el descuido en el que el centro tendrá a determinadas regiones, provocará asimismo hondo resentimiento y deseos separatistas.

La vida nacional hace más potentes estos sentimientos. Perdida la unidad con España, con la madre Patria, la metrópoli será la Capital Mexicana, que al no cuidar con el acierto que es menester las diversas regiones del país, pasa a ser madrastra. Cada provincia se convierte, así como pasó con los diversos reinos americanos, en un centro de interés: cada una pretende tener una extrema importancia. La división federal que se establece acrecienta esa opinión.

La variada organización territorial que se da al país en el siglo XIX y de la que surgen poco a poco nuevas entidades aumentando la atomización, produce diversas reacciones. Los grandes no quieren perder territorio, los pequeños aducen razones políticas, económicas y finalmente históricas para justificar su separación.

Todas estas causas van a provocar la proliferación de abundantes historias regionales.

Entre sus cultores descuellan Eustaquio Buelna, Ramón Corral, Eduardo Villa, Francisco Almada y Héctor Olea, interesados en Sonora y Sinaloa; León Barri y Almada en Chihuahua; Vito Alessio Robles, quien mantiene el entusiasmo de Ramos Arizpe por Coahuila y Tejas; David Alberto Cosío, Carlos Pérez Maldonado, Santiago Roel e Israel Cavazos, por Nuevo León; Gabriel Saldívar y Joaquín Meade, por Tamaulipas; Gonzalo Aguirre Beltrán, Melgarejo Vivanco y Manuel B. Trens cultivaron la historia de Veracruz, y la de Chiapas también el último; Yucatán ha sido trabajado por Eligio Acona, Joaquín Baranda, Crescencio Carrillo y Ancona, Carlos R. Menéndez, J. I. Rubio Mañé, Carlos A. Echánove Trujillo, Gabriel Ferrer de Mendiola, Alfredo Barrera Vázquez; Jalisco rivaliza con Yucatán con Manuel Cambre, Agustín de la Rosa, Agustín Rivera, Luis Pérez Verdía, Fr. Luis del Refugio del Palacio, José Cornejo Franco, Juan B. Iguiniz, Ignacio Dávila Garibi, Jesús Amaya, José López Portillo, Salvador y Arturo Chávez Hayhoe, Ricardo Delgado, José Ramírez Flores, Agustín Yáñez, José Guadalupe Zuno, Mariano Azuela y Alfonso de Alba, estos tres últimos más en el campo de las letras; Michoacán con Eduardo Ruiz Pascual Ortiz Rubio, José Bravo Ugarte, José Corona Núñez, Nicolás León, Joaquín Fernández de Córdova; Guanajuato cuenta con Lucio Marmolejo, Pablo Herrera Carrillo, Fulgencio Vargas, J. de J. Rojas Garcidueñas, Antonio Pompa y Pompa, Wigberto Jiménez Moreno, Jesús Rodríguez Fraustro; Puebla con Francisco Pérez Salazar, José Miguel Quintana, En-

rique Cordero Torres y Efraín Castro; Durango tiene a Atanasio Sarabia y José I. Gallegos; San Luis Potosí, a un Joaquín Meade, a Primo Feliciano Velázquez, Manuel Muro, Rafael Montejano; Oaxaca a Manuel Martínez Gracida, José Antonio Gay y Jorge Fernando Iturribarria; Hidalgo a Teodomiro Manzano; Zacatecas a Eugenio del Hoyo; Tabasco a Mestre Ghigliazza. En fin, todos los estados han dado severos estudios de su historia. Muchos han hecho de la historia regional su interés primordial, otros se han salido de esa pequeña órbita y han cultivado al mismo tiempo una historia más amplia, pero el esfuerzo de todos ha hecho posible una visión más completa de la historia del país.

XVI

En nuestros días, casi todos los campos de la historia están cubiertos. Si bien la actividad histórica surge de una vocación auténtica, esa vocación tiende hoy a encauzarse, a rigorizarse. Diversas instituciones se encuentran consagradas a la formación de historiadores y de ellas habrán de salir buena parte de los que en el futuro revivan la actividad no sólo del mexicano, sino de todos los hombres.

Tanto la Facultad de Filosofía y Letras, como el Colegio de México y la Escuela Nacional de Antropología e Historia, así como otras escuelas de la capital y de los estados, mantienen estudios especiales de historia que forman lo mismo maestros que investigadores. Si es cierto que a base de una seria disciplina se conseguirán mayores frutos, no cabe duda que el genio individual, el auténtico interés, la pasión desbordada por la historia seguirá produciendo figuras señeras.

El trabajo de equipo, la utilización de bibliotecas especializadas, de fuentes documentales muy diversas, facilita hoy día la investigación histórica; mas la auténtica historia que es también la que muestra el pulso de los tiempos, no es siempre la erudita, la que se elabora en un cerrado gabinete, sino la que surge del campo de batalla, la que hacen los actores de la misma historia, aquella que lleva el amor apasionado o el clavado dolor; no la que se elabora paciente y silenciosamente en medio de añosos expedientes y la audiencia del pasado, sino la que se escribe en medio de las conmociones y el clamor del pueblo.

En las siguientes páginas va a encontrar el lector un magno

panorama en el que es dable encontrar, pues así se ha formado la historia mexicana, esos dos tipos de historia. Ambos representan auténtico valor, pues en los dos se ha dado la sinceridad. Quienes la han hecho han ido al pasado para comprender al presente y comprendiéndolo no lo condenan, pues nosotros y el presente, como diría Maurice Barrès "somos el fruto de una colectividad que habla en nosotros" y también de la que nosotros somos responsables.

En esta obra hemos recogido testimonios de autores no nacidos en México. Obvia es la explicación para los que describieron a América y la conquistaron, así como para sus primeros evangelizadores. Posteriormente se justifica su presencia por el arraigo entrañable que con nosotros tuvieron varios de ellos y por la importancia que su vida y obra ha tenido en nuestra historia y letras. Así se justifica la inclusión de fragmentos de los escritos de Alejandro de Humboldt y de la Marquesa Calderón de la Barca, así como de Olavarría y Ferrari. En nuestra época una valiosa generación de intelectuales preocupados en las letras, historia y filosofía, ha penetrado tan hondamente en nuestro desarrollo que es imposible considerarla aparte. Ganados por la tierra son parte nuestra, interesados en los problemas de México. Por ello es que aquí aparecen Rafael Heliodoro Valle, Luis Nicoláu d'Olwer, José Ma. Miquel i Verges, Ramón Iglesias, José Gaos, José Miranda, Juan Ortega Medina, Carlos Bosch, J. M. Gallegos Rocafull, Agustín Millares Carlo. Sus reflexiones en torno de la historia mexicana son plenamente valiosas y auténticas, puesto que ella es parte de su propia historia. Hacen la historia de México con vida y obra.

El deseo de que esta presentación del desarrollo de la historia en México pueda ser aprovechada por todo el público a quien van dirigidas las *Lecturas Históricas*, me movió a publicarla sin el apoyo erudito que habría requerido en otras circunstancias. En él he tratado de exponer con claridad y sin petulancia la intención de esta obra y de darle un marco histórico-historiográfico sencillo, que pueda esclarecer mejor su contenido. Por ello he eludido las notas eruditas que en abundancia se ofrecen, pues ahí sí importan, en los trozos relativos a cada uno de los autores u obras empleadas. He deseado como confesé en los inicios, dejar a cada lector disfrute por sí mismo los textos seleccionados sin ciceronismos inoportunos, pero eso sí, señalarle las mejores fuentes y guías

para que profundice en la obra de cada autor si así lo estima conveniente.

No puedo concluir sin mencionar en estas páginas a los excelentes colaboradores que han hecho posible este trabajo, a quienes va dirigida mi más sincera gratitud: a Carmen Huerta Montes y Esperanza Gallo, unidas por viejos vínculos de amistad, a las cuales debo un trabajo material realizado con entusiasmo y perfección; a Jorge Inclán Téllez y a Rogelio Esperón, auxiliares valiosos en la elaboración de las tablas cronológicas que aparecen al final de la obra; a Salvador García Medina, quien con el cuidado y esmero que pone en sus tareas trabajó conmigo en la obtención de los datos personales; a Guillermo Pacheco Domínguez quien sacrificó sus horas de descanso por hacer posible la indagación bibliográfica; a Arturo Gómez Camacho, quien con extremada meticulosidad revisó originales y pruebas haciéndome valiosas sugerencias y a Don Edmundo Lorenzo por el cuidado igualmente minucioso y atinado de sus correcciones, así como a Elena Galaviz.

A todos ellos, conjugados en un esfuerzo lleno de entusiasmo, buena voluntad y afecto, nuevamente mi reconocimiento.

No omitiré tampoco la difícil tarea de los impresores, empezando por Don José Hernández Azorín y su equipo de linotipistas, cajistas y prensistas que con gusto y tino pudieron materializar esta obra.

Debo igualmente dejar constancia de cuanto debo en la realización de esta obra a la inteligente comprensión de Emmanuel Carballo, que me animó a emprenderla, y a Don Rafael Giménez Siles quien apoyó con entusiasmo la idea hasta hacerla una realidad. El estímulo recibido de su parte en todo momento, obliga por siempre mi reconocimiento a su generosa amistad.

Todos ellos son conmigo copartícipes de mi noble y sincero deseo de que estas *Lecturas Históricas Mexicanas* puedan ser útiles y agradables a quienes se interesan por el desarrollo histórico de nuestra patria, que lo es de su lucha por su libertad y progreso.

ERNESTO DE LA TORRE VILLAR

El Olivar de los Padres, agosto de 1965.

